

COMEDIA FAMOSA.

LAS MOCEDADES DEL CID.

SEGUNDA PARTE.

DE DON GUILLEM DE CASTRO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

<i>El Rey Don Alonso.</i>	✦ <i>Arias Gonzalo.</i>	✦ <i>Bellido de Olfos.</i>
<i>El Rey Don Sancho.</i>	✦ <i>D. Gonzalo.</i>	✦ <i>Alimaymon, Rey de</i>
<i>Un Capitan suyo.</i>	✦ <i>D. Diego.</i>	✦ <i>Toledo.</i>
<i>Rodrigo de Bivar, el Cid.</i>	✦ <i>D. Rodrigo.</i>	✦ <i>Zayda Mora.</i>
<i>D. Diego Ordoñez de Lara.</i>	✦ <i>D. Pedro.</i>	✦ <i>Soldados Christianos.</i>
<i>Doña Urraca.</i>	✦ <i>D. Arias, hijos todos cinco</i>	✦ <i>Soldados Moros.</i>
<i>Peranzules.</i>	✦ <i>de Arias Gonzalo.</i>	✦ <i>Acompañamiento.</i>



JORNADA PRIMERA.

*Dicen dentro á voces, y salen el Rey
Don Sancho y un Capitan suyo.*

Dent. **S**antiago, Santiago,
cierra España, cierra España.

Sanch. Acometa mi esquadron;
ah vasallos, qué os espanta?

Cap. Adónde vas, Rey Don Sancho?

Sanck. A morir. *Cap.* Espera, aguarda.

*Todo tocando al arma, y vanse el Rey
y su Capitan, y salen Don Rodrigo de
Bivar y Don Diego Ordoñez.*

Cid. Tarde llegamos, Don Diego:

Don Diego Ordoñez de Lara,
tan cruel como dudosa
comenzóse la batalla.

De nube le sirve al Sol
el polvo que se levanta;
todo es ya confusas voces,
y todo atrevidas armas.

Santiago dicen todos,
y todos España, España:
todo es valor Español,
y todo sangre Christiana:
todo es sangre, todo es fuego;

aquí mueren y allí matan;
el peso oprime á la tierra,
y al Cielo ofende la causa.

Dieg. Acometamos. *Cid.* Espera.

Dieg. Muero por sacar la espada.

Cid. Reconozcamos primero,

y por la parte mas flaca
acometa nuestra gente.

Mas de la hueste contraria
de gente un tropel confuso
se sale de la batalla.

Válgame Dios! preso llevan:

al Rey Don Sancho es sin falta.

*Sale el Rey D. Sancho entre muchos Sol-
dados, como que le llevan preso, guar-
dándole el decoro de Rey.*

Sol. 1. Son sucesos de la guerra.

Sanch. No es sino mengua de España.

Dieg. El es, qué esperas, Rodrigo?

Cid. Qué he de esperar? muere ó mata.

Rey Don Sancho, aquí está el Cid.

Dieg. Y Diego Ordoñez de Lara.

Sol. 2. El Cid es? *Sol. 3.* El Cid? huyamos.

Sol. 4. El nombre solo bastaba.

A

Hu-

Huyen los Soldados dexandolibre al Rey
Sanch. Ah Don Rodrigo! ah Don Diego!
 aun es mayor mi desgracia:
 mi gente va de vencida.

Cid. Pues vuelve á vencer, qué aguardas?

Dieg. No te basta, no te sobra
 qualquier de estas dos espadas
 para cobrar lo perdido?

Sanch. Santiago, cierra España.

Entranse, y tocan dentro al arma, y ha-
cen ruido de pelea, y salen el Rey Don
Alonso y un Capitan suyo.

Rey. Ah vasallos, ah Leoneses,
 ahora el ánimo os falta?

Cap. Dónde vas, Rey Don Alonso?

Rey. A morir. *Cap.* Espera, aguarda.

Rey. El Cid no es un hombre solo?

Mas su nombre os acobarda,
 que mi desdicha os obliga?

Santiago, cierra España.

Entranse, y tocan otra vez al arma, y di-
cen dentro con Don Diego y el Cid, que
salen acuchillando sus contrarios.

Dieg. Victoria España, victoria
 por Don Sancho. *Cid.* Bravas alas
 tiene el miedo. *Sol.* 1. Y brava fuerza
 el acero de tu espada.

Salen el Rey Don Alonso y Peranzules,
que será el Capitán que salió con él, reti-
rándose del Rey D. Sancho y los suyos.

Sanch. Prended, matad á mi hermano,
 no se escape, no se vaya.

Rey. Don Rodrigo de Bivar,
 Don Diego Ordoñez de Lara,
 Don Fernando vuestro Rey
 fué mi padre. *Cid.* Nuestras armas
 no te ofenderán, señor.

Dieg. Ponte en cobro, Dios te valga.

Per. Allí te espera un caballo.

Rey. Ah vil fortuna voltaria!

Vanse el Rey Don Alonso y Peranzules,
y sale el Rey Don Sancho con muchos
Soldados de los suyos.

Sanch. Por dónde fué? qué se ha hecho?
 corred tras él, que se escapa.

Cid. Si al enemigo que huye
 le hacen puente de plata,
 por qué á un hermano persigues?
 Deteneos, gente arrojada:

tu Magestad se reporte,
 porque no es malicia tanta
 digna de un Christiano pecho.
Sanch. El corazon se me abrasa!
 No me enojés, Don Rodrigo,
 que como rémora paras
 mi furia.

Cid. Señor, perdona;
 no has de pasar de esta raya.
 Tu misma sangre persigues?
 tu misma sangre derramas?
 Vuelve, y piadoso contempla
 tu viejo padre en la cama
 de sus hijos rodeado,
 y rindiendo al Cielo el alma;
 y entrará entónces diciendo
 la afligida Doña Urraca,
 tendido al pecho el cabello,
 bañada en llanto la cara:
 morir os queréis, mi padre?
 San Miguel os haya el alma,
 á San Miguel y Santiago
 la tengais encomendada.
 A Don Sancho dais Castilla,
 la Extremadura y Navarra:
 á Don Alonso á Leon,
 y á Don García á Vizcaya:
 y á mí, porque soy muger,
 me dexais desheredada,
 siendo, padre, vuestra hija,
 siendo de Castilla Infanta,
 habré de ir de tierra en tierra
 como una muger errada?
 Allí respondiera el Rey
 con ternísimas entrañas,
 dando aljofar de los ojos
 á la plata de las canas:
 callede, hija, callede,
 no digais tales palabras,
 que la muger que las dice
 merecia ser quemada:
 que allá en Castilla la vieja
 un rincon se me olvidaba,
 Zamora tiene por nombre,
 Zamora la bien cercada:
 quien os la quitare, hija,
 la mi maldicion le caiga,
 y al que de mi testamento
 no obedeciere las mandas.

To-

Todos dicen amen, amen;
 pero tú, Don Sancho, callas.
 Y apenas murió el buen Rey,
 quando la mano levantas
 (sin mirar que desde el Cielo
 con la suya te amenaza)

y á tu hermano Don García
 desheredas y maltratas
 en el Castillo de Luna,
 donde prisiones arrastra.
 Y ahora de esta victoria
 desminuyes la alabanza,
 persiguiendo á Don Alonso.
 Basta, Rey Don Sancho, basta
 que á tus hermanos les quites
 los Reynos, y la esperanza
 de cobrarlos: de sus cuellos
 el rígido acero aparta.
 Acuérdate de que rompes
 á tu padre la palabra,
 y teme el ser desdichado,
 si su maldicion te alcanza:
 que no con callar cumpliste,
 pues es cosa averiguada,
 que tácitamente otorga
 quien á lo propuesto calla.

Sanch. Mucho me aprietas, Rodrigo;
 mas me ofenden tus palabras
 que tu opinion me acredita,

Salen la Infanta Doña Urraca y Arias Gonzalo.

Urraca. Arias Gonzalo, si al consuelo mio
 no acude tu valor y tu consejo,
 fuerte es la pena, mugeril el brio.

Arias. Con el alma te sirvo y te aconsejo:
 suspende el llanto, y sirva su querella,
 pues es tan clara, á tu razon de espejo.

Urraca. Mi desventura todo lo atropella;
 y así parece que en la suerte mia
 son rayos los efectos de mi estrella.
 Si es que Don Sancho, (cuya mano impia
 Doña Elvira dexó desheredada,
 y preso tiene en Luna á Don García)
 en el trance feroz de esta jornada
 venciese á Don Alonso, justamente
 podré temer los filos de su espada.
 Y así mi corazon eternamente
 triste y sobresaltado, al mismo peso
 la nueva espera, y la desdicha siente.

Arias. Hijos? No puedo responderte á eso

A 2

sin

sin estas lenguas, que serán, señora,
fieles anuncios de tu buen suceso.

*Salen Don Gonzalo, Don Diego, Don Rodrigo, Don Pedro
y Don Arias, todos hijos de Arias Gonzalo.*

Defenderán el muro de Zamora
estos cinco renuevos arrancados
de este árbol verde, aunque marchito ahora.

De apoyos servirán á mis cuidados,
que son tuyos, señora, si es que llego
á servir de caudillo á tus soldados.

Don Gonzalo, llegad; llegad, Don Diego,
Don Rodrigo y Don Pedro, ya con brío
para ceñirse espada, harálo luego
el menor que es Don Arias, ya le crio,
y tal, que en el discurso de la guerra,
del que muere ocupará el vacío.

Gonz. Suspende el llanto, y el temor destierra:-

Dieg. Que ántes que ver tu tierra destruida:-

Rod. Verás temblar y estremecer la tierra.

Ped. Pondréme espada, y perderé la vida

en tu servicio. *Arias h.* Y yo. *Arias.* Dale las manos.

Arias h. Animo tengo, aunque mi edad lo impida.

Urraca. Con tierno amor y pensamientos llanos
los brazos les daré. *Arias.* Besad sus huellas.

Urraca. Vos sois mi padre, y ellos mis hermanos.

Ped. Bellido de Olfos viene. *Urraca.* Ay luces bellas!

malas nuevas serán. *Arias.* Sí, no lo dudes,

pues él tan presto se obligó á traellas.

Sale Bellido de Olfos.

Bellido. Perdona, Infanta, aunque el semblante mudes,
si aplicando á mi voz atento oído,
los males sabes, y al remedio acudes.

Urraca. Venció Don Sancho? *Bell.* Sobre ser vencido,

ya le llevaban preso entre la gente
del esquadron mas fuerte y mas lucido;

quando Rodrigo de Bivar valiente,
ese á quien llaman Cid, ese enemigo,
que vence con el nombre solamente,

dió libertad al Rey. *Urraca.* O vil Rodrigo,
ingrato eternamente á mi memoria!

Venció Don Sancho, di? *Bell.* Que venció digo
con el mayor aplauso y mayor gloria
que se ha visto jamas. *Urraca.* Que oírlo puedo!

Bellido. Con sangre dexa escrita su victoria.

Urraca. Y murió Don Alonso? *Bell.* Huyó á Toledo,
á lo que se sospecha. *Urraca.* Qué haré ahora?

Bellido. Con mas causas darás al alma el miedo,
quando sepas que el muro de Zamora

viene ya amenazando. *Urraca.* Ay desdichada!

Arias.

Arias. Por qué pierdes el ánimo, señora?

no vés que está Zamora bien cercada?

de tu justicia en la divina mano

no vés lucir la no torcida espada?

Junta consejo, diles de tu hermano

el injusto rigor, el mal intento,

que yo aseguro que le salga vano.

Dentro. Viva Zamora. *Arias.* Ya á tus puertas siento

el pueblo junto, que la nueva sabe,

y con voces te anima: cobra aliento.

Terrible es la ocasion, la causa es grave;

pero atropellaránse inconvenientes,

pues todo el Cielo en tu justicia cabe.

Traiga tu hermano innumerables gentes,

llegue á Zamora, dele la batalla,

que le defenderán brazos valientes.

Y en habiendo un portillo en la muralla,

mis hijos pondré en él despues del pecho:

verémos quien se atreve á derriballa.

Urraca. Mucho me animas, el temor desecho.

Dentro. Viva la Infanta. *Arias.* Y la arrogancia altiva

de estas voces me dexa satisfecho.

Urraca. Vamos, y la defensa se aperciba.

Arias. Ea, amigos, decid (la pena aplaca)

muramos todos, Doña Urraca viva.

Todos. Muramos todos, viva Doña Urraca. *Vanse.*

*Salen el Rey Don Alonso y Alimaymon
Rey de Toledo.*

Alim. Alonso, tuya es Toledo,

de mis poderes dispon

y de mí. *Rey.* Obligado quedo

con el alma, Alimaymon,

á servirte. *Alim.* Pierde el miedo.

Rey. Nunca le supe tener,

solo desdicha he tenido,

pues quando pensé vencer,

entónces quedé vencido.

Alim. Es la fortuna muger

en las mudanzas y el nombre.

Rey. Soy desdichado, y mi hermano,

para que el mundo se asombre,

es hombre; que con ser hombre

tiene su rueda en la mano.

Alim. Ayúdale en popa el viento;

mas no siempre ha de durar,

que no dura lo violento.

Vienes cansado? *Rey.* No siento

sino en el alma el pesar:

y como en su centro estaba,

los del cuerpo divertia,

y así, Rey, mas me cansaba,

que el caballo que corria,

el discurso que volaba.

Alim. Con mas ánimo mejor

mostrarás el que has tenido;

que mas muestra su valor

en la desdicha el vencido,

que en el triunfo el vencedor.

Rey. Aunque me vés descontento,

que tengo no has de creer

sin valor el sentimiento.

Alim. Solo tú puedes tener

por victoria el vencimiento;

pues causaron los despojos

de tu valor sin segundo

generales los enojos,

y es tu desdicha en el mundo

llorada con tantos ojos;

tanto, que en Toledo ahora

si llora el niño en la cuna,

sus padres piensan que llora

tambien tu mala fortuna.

El

El mundo entero te adora.
Sale un Moro, y habla al oído de
Alimaymon.

De Zayda las luces bellas
quieren verte, porque dice,
que movida á tus querellas
lloran tu estrella infelice
sus ojos, que son estrellas.

Rey. Zayda la que es maravilla
del mundo? Alim. La rica hermosa,
hija del Rey de Sevilla,
apiadada de piadosa
viene á verte. Rey. Iré á servilla.

Alim. Ahora en Consuegra está,
que es suya. Rey. Justo sería
recibirla. Alim. Viene ya;
que como es sobrina mía,
á Toledo viene y va.

Sale Zayda Mora con todos los Moros
que pudieren acompañarla.

Ali. Zayda? Zay. Alonso? Alimaymon?
Rey. Ya mis penas glorias son.

Zayd. Bello galán! ap.

Rey. Bella dama! ap.

Poco debes á tu fama.

Zayd. Corta anduvo tu opinion.

Rey. Mil años te guarde el Cielo.

Alim. Voyme, Alonso, y quando estés
con mas falta de consuelo,
volveré. Rey. Beso tus pies.

Alim. Pierde el pesar. Rey. Perderélo.
Vase Alimaymon, y siéntanse Zayda
y Don Alonso.

Zayd. Alonso, tanto voló
tu nombre siempre alabado
por el mundo, que llegó
mil veces donde tratado
hemos de él tu fama y yo.
Inclinéme á tu valor,
siendo casta mi esperanza,
y como siempre el amor,
que fué grande en la alabanza,
en la lástima es mayor.
Apénas tuve creído
tu vencimiento en tu suerte,
quando por verte he venido,
templando el gusto de verte,
señor, el verte vencido.
Y no solo á verte vengo,

con ser este el mayor bien
que para el alma prevengo,
sino á ofrecerte tambien
quanto valgo y quanto tengo.
Cuenca, Consuegra y Ocaña,
y otras mis Villas tendrás,
cuya riqueza es extraña;
y oxalá, por darte mas,
fuera mia toda España,
y quantas Provincias son
desde Levante á Poniente;
pero con esta intencion
en mis joyas solamente
puedo ofrecerte un millon.
Empeña, ó vende mis Villas,
sino basta mi tesoro,
y estima con mi decoro
estas entrañas sencillas
con mas quilates que el oro.

Rey. Señora, pues causa ha sido
el no haber vencido, al ser
de ti tan favorecido,
desdicha fuera el vencer,
como es dicha el ser vencido.
Y así tres venturas son
las que el Cielo me asegura
tras la pasada ocasion;
pues me venció tu hermosura,
y luego tu obligacion.
Con el honor que me ha dado
tu boca, te certifico,
que no sé si me has dexado
mas obligado que rico,
ó mas rico que obligado.
No tiene el suelo Español
la riqueza en que me fundo,
pues miro entre tu arbol
en ti, aunque pequeño, un mundo
donde nunca falta el sol.
Para ver que no me engañas,
quando de decirme trates,
que engendran glorias extrañas
oro de muchos quilates
las venas de tus entrañas.
Mas si ofende tu valor
mi alabanza, ve culpando
mi agradecido temor,
aunque mis ojos callando
te lo dixeran mejor.

Mas si con ellos te obligo,
quando tu alabanza sigo,
de mí puedes admitir
lo que te quiero decir,
pero no lo que te digo.
Y lo que pisando vas
por ídolo he de tener:
no puedo ofrecerte mas,
pues ni aún á ti he de ofrecer
las glorias que tú me das.

Zayd. Levanta, notable exceso!

Rey. Zayda bella! Zayd. Rey Christiano,

de tu Magestad el peso

hace que tiemble la mano.

Rey. Como Reyna te la beso.

Zayd. No señor, qué Rey la besa
á Reyna sin ser su esposa?

Rey. Atrevida fué la empresa.

Zayd. Gran Alonso! Rey. Zayda hermosa!

Sale Per. El Rey te espera en la mesa.

Zayd. Hoy á mi lado sentado

comerás. Rey. Dulce comida!

Zayd. Qué dices? Rey. Solo un bocado
podrá el comerle á tu lado

hacer eterna una vida,

y mas si potable el oro

de tus entrañas comiera.

Zayd. Yo te estimo. Rey. Yo te adoro.

Zayd. Ay Cielo, si fuera Moro!

Rey. Ay Dios, si Christiana fuera! Vase.

Suena ruido, y dicen dentro lo que se sigue, y salen.

Arias Gonzalo y sus hijos en la muralla.

Dentro. España, Santiago, cierra, cierra,

arima esas escalas, apercibe

instrumentos y máquinas de guerra.

Viva el Rey, viva el Rey. Arias. El Cielo vive,

defensor de esta causa y de esta tierra:

gigantes pare quien razon concibe.

Dentro. Zamora. Otros. España. Arias. Fuerte es la batalla!

Hijos, corred volando la muralla.

Allí arriman escalas, allí han hecho

un portillo: acudid, mostrad el brio

donde os parezca ser de mas provecho.

Vanse los hijos.

Zamora insigne, á tu defensa envio

á pedazos el alma, quando el pecho

ocupa en tu muralla este vacío;

y oxalá que, aunque á costa de mi pena,

te diera un hijo para cada almena.

Tocan al arma, y salen el Rey Don Sancho y Don Diego,

y quantos Soldados puedan.

Sancho. Ea, valientes Godos no vencidos,

y vencedores siempre, nuevos Mártes,

pues que nos sobra gente, repartidos

á Zamora asaltad por varias partes:

que tanto se os defienda, de corridos

á puñadas batid sus baluartes,

á puntapiés sus torres haced piezas,

sus murallas romped con las cabezas.

Por aquí miro su mayor flaqueza:

llegad, llegad, venced, venced ahora.

Arias. Está en mi defension su fortaleza.

Sancho. Arias Gonzalo, ríndeme á Zamora,

contempla el oro en mi Real cabeza,

y el acero en mi mano vencedora.

Si soy tu Rey, buen viejo:- *Arias*. Cosa es llana.
Sancho. No seas de este muro barbacana.
Arias. También lo fué tu padre, en quien de estrellas
 contemplo circuida el alma santa,
 y heredero también de sus querellas,
 me encargó la tutela de la Infanta:
 leyes suyas defendiendo, que atropellas
 con tanta fuerza y con injuria tanta,
 y los Reyes que son Christianos Reyes,
 no rompen fueros ni derogan leyes.
Sancho. Eres traidor. *Arias*. No soy, y el mismo Cielo
 defiende mi justicia averiguada.
Sancho. Escalas, ea, escalas, y de un vuelo
 sube, Don Diego. *Dieg*. El pomo de mi espada
 media Zamora te pondrá en el suelo:
 sangre de Lara soy. *Sancho*. Esta jornada
 quiero vencer yo solo, poner quiero
 en Zamora mis armas yo el primero.
 Mi fe me anima y mi valor me abona:
 de esta manera la victoria allano:
 qué mano ha de atreverse á mi persona?
Arias. Nadie te ha de ofender, Rey soberano.
Sancho. Pues qué harás? *Arias*. Respetando tu corona,
 si subes solo, besaré tu mano;
 pero el que te acompañe, por mis brazos
 al suelo ha de volver hecho pedazos.
Sancho. Ah villano! ya estoy de enojo ciego.
 Hoy mi valor, que en mí venganza apoya,
 Escipion Cartagines, Aquiles Griego
 será sobre Cartago y sobre Troya:
 guerra, guerra, Zamora, á sangre y fuego.
Arias. No haréis, que es el honor preciosa joya,
 y puras fuerzas de flaqueza saca.
Diego. Viva Don Sancho. *Arias*. Viva Doña Urraca.
 No puedo mas, ay Cielo! ah Zamorano
 valor, dónde te escondes? qué te has hecho?
*Esto último se dice dando el asalto á la muralla, y sale
 á ella Doña Urraca con los eabellos descompuestos.*
Urraca. Ah nobles de Castilla, injusto hermano,
 sediento de mi sangre, de mi pecho
 la saca ahora, que se opone en vano
 á tu rigor, del mio satisfecho,
 llega, y para que el Cielo te destruya,
 bebe mi sangre, que también es tuya.
 Teme á mi padre, en quien venganza espero
 de tu injusticia. *Sancho*. O vil, quién te respeta!
 Subid, soldados: venga un ballestero,
 pásele el corazón una saeta.
Urraca. Padre, vuelve por mí en trance tan fiero.

Sancho.

Sancho. Que eso te anima, y eso me inquieta!
 tu padre llamas? para hacerme guerra
 baxe del Cielo, ó salga de la tierra.
*Sale de la tierra el Rey Don Fernando con un venablo
 en la mano sangriento: vision.*
Rey Fernando. Deten, Sancho, la mano, que violenta
 es injusta. *Sancho*. Qué miro? qué rezelo?
 qué me aflige, me asombra y me amedrenta?
Rey. Fern. Quien no obedece al padre, ofende al Cielo,
 y nunca tierra firme le sustenta:
 tu muerte, Rey Don Sancho, te revelo,
 cuyo instrumento el Cielo soberano
 puso á tus ojos, y dexó en mi mano.
Vuélvese el Rey D. Fernando á entrar debaxo la tierra.
Sancho. Válgame Dios! Soldados, habeis visto:-
 habeis visto, vasallos:- *Dieg*. Rey, qué es esto?
Sancho. Toquen á recoger, que no resisto
 esta sombra, este asombro. *Dieg*. Descompuesto
 tu Magestad? *Sancho*. En lo que estoy no asisto:
 á recoger, Soldados: pase presto
 la palabra. *Dieg*. Qué viste? *Sancho*. Al gran Fernando,
 mi vida con mi muerte amenazando.
Arias. Qué suspension, señora, habrá podido
 la furia detener del Rey tu hermano? *Tocan á recoger.*
 Ya toca á recoger. *Sancho*. Ingrato he sido
 á mi padre y á Dios. *Urraca*. Quando su mano
 nos pudiera vencer, cómo vencido
 se va? qué puede ser? *Dieg*. Rey soberano,
 qué tienes? *Arias*. Con qué priesa se retira!
 el mismo Cielo por tus cosas mira. *Vanse.*
Sale Bellido de Olfos solo.
Bellido. Ay Zamora desdichada!
 ay patria amada y querida,
 injustamente perdida,
 y dignamente adorada!
 Extraña resolucion
 encamina mi esperanza;
 si es venganza, no hay venganza
 sin asomos de traicion.
 Aunque tenga el fin funesto
 la intencion que traigo ahora,
 la libertad de Zamora
 gallardamente he dispuesto.
 Mas toda el alma se admira
 del valor que en mí no afloxa:
 quién me anima, quién me arroja?
 quién me tienta, ó quién me inspira?
 En todas mis esperanzas,
 en todas mis intenciones,

con rezelos y traiciones
 aseguré mis venganzas.
 Y hoy ni medroso me espanto,
 ni cobarde me retiro,
 con saber que á tanto aspiro,
 y ver que aventuro tanto.
 Algun impulso divino
 da fuego á mi pensamiento;
 del Cielo soy instrumento,
 aunque malo, peregrino.
 Aquí esperaré á la Infanta;
 mas ya viene, loco estoy
 de ver que cobarde soy,
 y la muerte no me espanta.
Sale Doña Urraca y algunos Vasallos.
Urraca. El no perderse Zamora
 milagro del Cielo ha sido:
 á mi hermano ví vencido,
 y á su gente vencedora.

B

Vas.

Vas. Cansada debes de estar, señora. *Urr.* Como muger cansada estoy de temer, y muerta estoy de llorar. Bellido de Olfos? *Bell.* Si gustas, hablarte á solas querría.

Urr. Dexadnos. *Vanse los Vasallos.*

Bell. Señora mía, el ver tus lágrimas justas me ha movido y me ha obligado: ya sabes que te he servido, y que nunca de ti he sido con una merced premiado: con todo, por verte ahora como estás, tu bien procuro. Qué me darás, si aseguro la libertad de Zamora?

Urr. Bellido, en el alma precio esa oferta, y si has oído, que quien compra del perdido, á su gusto pone precio: consulta en tu voluntad lo que quieres, con saber que diera el alma por ver en Zamora libertad.

Bell. Dame la mano, y confía de mi industria y de mi suerte el darte con una muerte Zamora libre en un día. Escucha, señora. *Urr.* Calla, si es traicion y en mi querella, excusará el no sabella la culpa de no excusalla.

Bell. Ya te entiendo: á quien le pesa de mis trazas viene aquí hoy el mundo verá en mí la mas atrevida empresa. Lloras, señora? No llores: hoy seré terror de España.

Salen Arias Gonzalo y sus hijos. Arias Gonzalo te engaña, y todos te son traidores. Da Zamora al Rey tu hermano, pues defenderla no puedes, y espera despues mercedes de su justa heroyea mano: que importa en esta joinada defenderla un mundo entero, y por la una parte Dgero,

por la otra Peña-tajada. Si faltan mantenimientos, rico, pobre, bueno ó malo, comerán de Arias Gonzalo los honrados pensamientos? Mira que estás engañada de quien te incita y provoca; quien no da pan á la boca mal dará fuerza á la espada. A Zamora rinde. Arias. Infame, baxo, vil, de humilde pecho, mi respeto justo ha hecho que tu sangre no derrame.

Rod. Villano. Arias. Espéra, Rodrigo. Hijos. Arias h. Desvergüenza tanta! *Gon.* Vive Dios. *Bell.* Mátanme, Infanta, porque las verdades digo. Pues por hacerse señor de Zamora, te ha engañado Arias Gonzalo. Arias. O malvado! tú mientes como traidor.

Urr. Matadle. *Rod.* Villano. Arias h. Espéra. *Gonz.* Traidor. Arias. En esto, señora, va mi honor. *Bell.* Ah, quién ahora alas en los pies tuviera! *Vase.* Arias. Ah hijos, ah Zamoranos! muera, muera el Magances: ligeros tiene los pies, no se os vaya de las manos.

Den. Aquí, aquí. *Urr.* Terrible estruendo! como sin alma he quedado: qué intencion le habrá obligado á Bellido? no la entiendo. Y este impensado rigor me atemoriza, ay cuitada! pues yo soy tan desdichada, como Bellido es traidor. *Vanse.*

Salen el Rey Don Sancho y Don Diego Ordoñez de Lara.

Dieg. Ya te miro, gloria al Cielo, con ménos pena, señor. *Sanch.* A faltarme tu valor, y á no tener tu consuelo, sin duda hubiera acabado la vida. *Dieg.* El pesar destierra. *Sanch.* VÍ que temblando la tierra abría el Cielo enojado. VÍ de mi padre al abrilla

el aspecto soberano, en su mano y de un venablo en su mano ví la sangrienta cuchilla. Paréceme que á la vista le tengo, y tras esto veo abrasarse mi deseo por hacer esta conquista. Pienso que pierdo opinion, si malogro esta esperanza. Tú, pues eres mi privanza, tú, pues sabes mi razon, dame consejos ahora. No reposo, no sosiego: qué dices, qué haré, Don Diego? quitaré el cerco á Zamora?

Dieg. Si es que el cerco se levanta, porque pesa en tu conciencia la justísima obediencia de tu padre, cosa es santa. Mas si es por esta vision fantástica, ciega y vana, á tu valor, cosa es llana, que ofendes. No vés que son quimeras que se levantan, y las presenta el sentido? ó es que en Zamora temido con embelecios te espantan? que no falta una hechicera, que entre sombras finge y miente. Si es que por hijo obediente lo dexaras, justo fuera; mas si no, poco te estimas, si es que por eso lo dexas.

Sanch. Como discreto aconsejas, y como valiente animas. Mía Zamora ha de ser, aunque para hacerme guerra brote gigantes la tierra. Vive Dios, que he de poner en ella mis estandartes, armas de seda y de acero, sino es que allano primero sus torres y baluartes. Todo mi valor lo abraza á todo mi fuerza obligo; y si la estrella que sigo, con venablos me amenaza, para poderme igualar en las armas al contrario,

en la mano de ordinario un venablo he de llevar. Iguales armas tenemos la fortuna y yo: has oído?

Dent. Afuera, aparta. *Dieg.* Un ruido, cuyas voces son extremos. Descompuesto un caballero hoye, pica, corre, vuela.

Sanch. Como es de miedo la espuela, hace el caballo ligero. Los que le siguen dirán, si es ligero su caballo.

Dieg. Rebientan por alcanzallo; mas pienso que no podrán. La gente de tu real le ha recogido y le ampara: qué á espacio vuelven la cara al peligro, aunque es mortal, los contrarios! *Sanch.* Hay valor en ellos. *Dieg.* Con qué congoja de su caballo se arroja!

Dent. Ah Rey Don Sancho? ah señor? *Dieg.* Por ti pregunta. *Sanch.* Por mí? tocaránme sus cuidados.

Dieg. Ya una tropa de Soldados le traen caminando aquí.

Sanch. Algunas causas mayores le obligan á extremos tales. *Sacan unos Soldados á Bellido de Olfos.* *Bellido.* Rey, ampara los leales, y castiga los traidores.

Sanch. Alza, quién eres? *Bell.* Bellido de Olfos soy, con boca y manos á los Reyes Castellanos he adorado y he servido. Y Arias Gonzalo, señor, con audacia y con malicia, porque esforcé tu justicia, y contradixe á su error; porque dixé que á Zamora, como era razon, te diese, fundado en el interese de su intencion, que es traidora, con sus hijos me acomete; entero el pueblo amotina contra mí, que á la malina ocasion asió el copete. Pero la inocencia mia, porque quiere castigallo,

todo el Cielo en un caballo
que apercebido tenía,
me ha valido y me ha escapado
de aquel indomable viejo,
por aquel postigo viejo,
que nunca fuera cerrado.
Por él huyendo salí,
que es mi amigo el Capitan
de los que en su guarda están,
y el Cielo me traxo aquí
por milagro; y, Rey, querria
hablarte á solas. *Sanch.* Idos fuera.

Dieg. Este es traidor.

Vanse todos, dexándolos solos.

Bell. Quién pudiera
tanto sin la industria mia?
Yo he procurado, señor,
que pongan los Zamoranos
á su justicia en tus manos,
y á Zamora en tu valor:
no bastó en mi diligencia
la fuerza de mi verdad,
y acudiendo á mi lealtad,
he venido á tu obediencia.
No me admities por vasallo?

Sanch. Sí, pues la mano te doy.

Bell. Pues ahora que lo soy,
en obligacion me hallo
de darte á Zamora: ahora,
Rey justo, Rey soberano,
pues Zamora está en mi mano,
cuenta por tuya á Zamora.

Sanch. Bellido de Olfos, si eso
tu espada y crédito abona,
serás segunda persona
en mis Reynos. *Bell.* Tus pies beso.
Solo tú, Rey, has de ser
depósito del secreto:
oye, escucha. *Sanch.* Eso prometo
y aseguro. *Bell.* Has de saber:—

Dice dentro Arias Gonzalo.

Arias. Ah Rey Don Sancho? ah señor?
Salen el Cid Rodrigo, y Don Diego
Ordonez y los Soldados.

Cid. Al Rey avisemos presto:
llega, Don Diego. *Sanch.* Qué es esto?

Bell. Temblando estoy de temor.

Cid. Muy grandes voces se oyéron
en el real de Don Sancho,

que las daba un caballero
de Zamora en el andamio.

Sale arriba Arias Gonzalo.

Arias. Ah Rey? ah señor? *Cid.* Escucha:
desde aquí le divisamos.

Ari. De un traidor te guarda:— *Di.* Entera
llega su voz. *Sanch.* Cielo santo!

Arias. Que de Zamora ha salido,
Bellido de Olfos llamado,
traidor, hijo de traidores:
el hechizo de sus labios
no te engañe, que á su padre
y á su misma sangre ingrato,
le mató, y echó en un rio:
testigo bien declarado
de quien es. Matarte quiere,
toma mi consejo llano:
no digas que no te aviso,
no acuerdes tarde, Don Sancho.
Protesto, que si sucede
lo que digo en mi descargo,
que no puede dar el mundo
de tan desastrado caso,
ni á tu descuido disculpa,
ni culpa á los Zamoranos.

Sanc. Qué es esto, Bellido? *Bell.* Ay Cielo!
de congoja estoy temblando. *ap.*

Cid. Rey, yo conozco á Bellido,
manda prenderlo ó matarlo.

Bell. Rey, escucha. *Sanch.* Oid, espera.
Confuso me tiene el caso. *ap.*

Bell. Señor, el que da las voces
debe ser Arias Gonzalo,
porque sabe que la fuerza
de Zamora está en mi mano.
Estratagemas son suyas,
no lealtades, sino engaños
con que defiende á Zamora
á costa de mis agravios.
Quiéreslo ver? A tus pies
como un humilde gusano
se atreverá á tu persona,
Rey poderoso, Rey magno.

Sanch. Del todo estoy persuadido,
que es traidor Arias Gonzalo.

Cid. Arias Gonzalo procede
como caballero honrado,
y hay en su pecho lealtad,
como valor en sus brazos;

y

y quanto dixo de ti,
es cierto y averiguado;
que lo sabe el mundo, y yo
lo defenderé en el campo,
y no á un traidor solamente.

Sanch. Ah Rodrigo! *Cid.* Señor, callo
obligado á tu respeto.

Bell. Por lo mismo estoy callando,
mas no lo que á tu corona
sé yo que le importa tanto.
Si Arias Gonzalo y Rodrigo
son parientes tan cercanos,
no es mucho le corresponda,
aunque contra ti. *Cid.* Villano.

Sanch. Rodrigo. *Cid.* O santa obediencia,
lazo ahora de mis manos!

Bell. Sí, el favorecer al Cid,
tu hermana Urraca, Don Sancho,
los caducos lo entendieron,
y los niños lo cantaron:
y el amor entre los dos
recíproco, aunque pasado,
tiene fuerza en sus reliquias
mayor que en los muros altos
de Zamora. *Cid.* Eres traidor,
y mientes, infame baxo.

Sanch. En mi presencia? *Bell.* Tú eres
partícipe de mi agravio.

Sanch. Tocaráme la venganza:
vete, vete desterrado
por un año de esta tierra.

Cid. Rey Don Sancho, Rey Don Sancho,
tú me destierras por uno,
yo me destietré por quatro.
Y no pienso que en el mundo
dexará de ser honrado
sin besar mano de Rey
quien tiene Reyes vasallos.
Y guárdate de traidores,
porque á los Reyes ingratos
suele castigar el Cielo:
él te guarde muchos años.

Sanch. Vete. *Cid.* Y al Cielo, señor,
de la falta que te hago
me protesto. *Sanc.* Vete. *Cid.* Voyme.

Dieg. Y todos te acompañamos.

Cid. Ah mal regido mancebo!
Vanse, y quedan solos Bellido y Rey.
Sanch. Por dar crédito á tus labios,

le niego á todos, Bellido:
mira:— *Bell.* Si te trato engaños,
manda cortar mi cabeza.
Que nunca ha sido cerrado
hay un postigo en Zamora,
que llaman de los Cambranos
de la Reyna, y por él quiero
(pues sé los ocultos pasos)
darte á Zamora: y ya tengo
el Capitan cohechado
de los que guardan su fuerza;
pero como importe tanto
el secreto, tú y yo solos
importará que salgamos
á reconocer el puesto.

Sanch. Contigo solo en el campo
sola mi Real persona?

Bell. No irá segura en mis manos?
Pues que de mí no te fias,
con tu licencia me parto
donde Moros me acrediten,
pues me ofende un Rey Christiano.

Sanch. Espera, Bellido, espera.

Sale D. Diego. Señor, el Cid desterrado
de tu tierra, que en tus tierras
es la fuerza de tus brazos?

Qué dirá el mundo de ti, (ballo
Rey? *Sanch.* Fuése? *Dieg.* Puesto á ca-
le dexé, que se partia
entre todos sus soldados,
y gran parte de los tuyos,
aunque rehusa el llevarlos. (des?

Sanc. Mucho emprendo. *Die.* No respon-

Sanch. Ve, y dile que yo le llamo:
Bellido, yo estoy resuelto:
ve, Don Diego. *Dieg.* Iré volando. *Vase.*

Sanch. A mi persona aventuro
en tu confianza: vamos,
ve diciendo. *Bell.* Lo que pisas
iré barriendo y besando.

Sanch. Tú mi privanza has de ser.

Bell. Tú has de morir á mis manos. *ap.*

~~*** *** *** *** *** *** *** *** *** ***~~

JORNADA SEGUNDA.

Salen Rodrigo de Bivar y Don Diego
Ordonez de Lara.

Cid. Yo volveré á su presencia,
que

que es mi natural señor; y en el vasallo es honor acudir á la obediencia.

Dieg. Es tu proceder tan justo, como discreto y valiente.

Cid. Aquí esperemos mi gente, que vuelve con poco gusto de ver su esperanza vana, pues yendo resuelta ahora de agotar la sangre Mora, vuelve á verter la Christiana.

Dieg. De ofenderte arrepentido está el Rey. **Cid.** A Dios plugiera, Don Diego, que lo estuviera de haber al Cielo ofendido; que qualquiera ofensa mia le hubiera yo perdonado.

Salen el Conde de Cabra y Soldados.

Conde. Muerto me lleva el cuidado!

Dieg. No es el Conde Don García?

Cid. Conde de Cabra? **Conde.** Grand Cid?

Cid. Qué hay, qué teneis? **Conde.** Buena ley y buen zelo. Falta el Rey de su tienda. **Dieg.** Cómo? **Conde.** Oid: con Bellido solo es ido.

Cid. De Bellido se ha fiado?

Conde. Con estar tan avisado de que es un traidor Bellido.

Cid. Es Rey mancebo en efeto, y atropella su corona.

Conde. La falta de su persona oculté con mi secreto. No he querido publicarla á su gente, viendo en ella que diera al descomponella principio el alborotarla. Y con la de mas valor le busco por estos prados.

Salen el Rey Don Sancho y Bellido al un lado del tablado.

Sancho. Bellido, dexaste atados los caballos? **Bellido.** Sí, señor; pero allá gente diviso.

Sancho. Quién será? **Bellido.** Desdicha es mia: á este lado te desvía: tiembla la tierra que piso.

Cid. Paréceme, que os partais repartidos cuerdamente buscando al Rey, y á mi gente

esperaré mientras vais, adonde qualquiera voz vuestra, que venga por mí, pueda llevarme tras sus mas que los vientos veloz.

Conde. Pues yo voy por este lado.

Dieg. Yo por este iré perdido. O mancebo mal regido!

Cid. O Rey mal aconsejado! Vanse todos, dexando al Rey á Bellido.

Bellido. Ya he visto desaparecer la gente que divisaba, señor. **Sancho.** Tan lejos estaba, que apenas la pude ver. No tiene lugar el suelo qual Zamora. **Bellido.** No hay dudar: ya, Rey, la puedes mirar como tuya. **Sancho.** Plegue al Cielo! Es su sitio milagroso.

Bellido. A gran cosa me aventuro: por allí está flaco el muro, y poco fondable el foso. Y hay tras aquel torreón un portillo en la muralla: daréle? **Sancho.** Yo he de ganalla.

Bellido. Saltais, temeis, corazón? **El Rey está mirando hácia Zamora, y Bellido está á sus espaldas como que le amaga con la daga; y quando se vuelve el Rey se compone Bellido y disimula.**

Sancho. Paréceme á maravilla.

Bellido. Buena ocasion tengo ahora.

Sancho. Tierra del Cielo es Zamora.

Bellido. Es lo mejor de Castilla.

Sancho. Justamente es pretendida: estímola con razon.

Bellido. Es de tanta estimacion que ha de costarte la vida. Mas allá hácia el otro lado, donde luce un chapitel, está aquel postigo, aquel que nunca fuera cerrado. Llámale de los Cambranos de la Reyna, y si me das cien hombres: **Sancho.** Ciento no mas?

Bellido. Pondré á Zamora en tus manos. Entraré por él: **Sancho.** Espera, cómo? **Bellido.** De noche, y, señor,

tú por la puerta mayor, que te abriré. **Sancho.** Qué te altera?

Bellido. Ya me parece que entrando hiriendo y matando voy, y así alborotado estoy, como quien sueña velando.

Sancho. Segura esperanza llevo de que has de darme á Zamora.

Bellido. Cobarde soy: qué haré ahora? **ap.**

Sancho. Bellido, mucho te debo. Serás mi segunda parte, serás mano de mi espada.

Bellido. Seré tu esclavo. Y soy nada, pues no me atrevo á matarte.

Sancho. Serás piedra en mi corona.

Bellido. Qué mira tu Magestad?

Sancho. A cierta necesidad, que á los Reyes no perdona, me desvío. **Bellido.** Por aquí si gustas, puedes baxar, porque en este valladar te cubra esta Peña. **Sancho.** Sí.

Bellido. Y porque es seguro el puesto, y secreto. **Sancho.** Dices bien.

Bellido. Pues dame la mano. **Sancho.** Ten. Tu suerte el vivir te acorta.

Entrase el Rey, y Bellido le da la mano, como que le ayuda á baxar.

Sancho. Jesus! baxando he caído, y entre esas matas asido, perdí el venablo. **Bellido.** No importa. Escápasele al Rey el venablo de las manos, y Bellido le toma.

Yo lo guardo. Sancho. Bien está. **Esto dicen de dentro.**

Bellido. De animoso estoy resuelto; mas qué yelo en sangre envuelto por mis venas vierte y va? Ciega el alma, con qué espanto, en qué inconvenientes piensa si es un hombre sin defensa, cómo el ser Rey puede tanto? Pero ya cobro valor, ya el yelo en mis venas arde. Mataréle, que el cobarde de lejos mata mejor. Pero qué miedo, qué lazón me detiene? en qué despecho

se acobarda siempre el pecho, y se encoge siempre el brazo? Cielo, Cielo soberano, valedme en esta ocasion! Esforzad mi corazón, pues castigais con mi mano.

Entrase Bellido, como que tira el venablo, y vuelve á salir huyendo, en habiendo dicho el Rey los dos versos siguientes.

Sancho. Jesus mil veces: señor, valedme! traidor, qué has hecho?

Bellido. De las espaldas al pecho queda pasado. **Sancho.** Ah traidor! Mas es tan justo el castigo, como tu mano traidora.

Bellido. Como yo llegue á Zamora, abierto tengo el postigo.

Vase huyendo Bellido, y el Cid dice dentro:

Cid. Qué has hecho, traidor? espera: algo hiciste, que huyes tanto. **Vuelve á salir Bellido corriendo.**

Bellido. Solo puede el Cielo santo parár mi véloz carrera. No he podido desatar el caballo, y á pie quedo; mas con las alas del miedo podré correr y volar. **Vase.**

Salen el Cid, Enfrena, dame el caballo; quisiera, aunque imita el viento, como de pena rebiento, rebentar por alcanzallo. Vase.

Salen D. Diego Ordoñez, y el Rey dice de dentro.

Sancho. Jesus, Jesus, Cielo, Cielo! padre! **Dieg.** Qué lamentos sigo?

Sancho. Pues es tan tuyo el castigo, sea mas tuyo el consuelo. Pon límites: **Dieg.** El alma espantan!

Sancho. Al rigor con que me dexas.

Dieg. Largos ayes tristes quejas el cabello me levantan. **(puedo)**

Sancho. Ay, ay! **Dieg.** Qué escucho? yo temer? **Sancho.** Ay! **Dieg.** Soy yo por di- mas el miedo á una desdicha? **(cha?)** nunca fué afrentoso miedo.

Sancho. Ay padre! **Dieg.** Ay trance feroz!

Sancho. Mis inobediencias miro.

Dieg. Yo conozco este suspiro.

Por dónde salió esta voz? *Sanch.* Un desdichado.
Dieg. Ay Cielo! estoy sin sentido.
 Quién es? *Sanch.* Un hombre que ha si-
 yo muero: llega: ah soldado. *(do:*
Dieg. Qué es esto? temblando llego.
 Aquí está. *Sanch.* Si eres leal,
 llega. Ay Dios! *Dieg.* Pena mortal!
Hace como que se asoma adentro.
 es el Rey? *Sanch.* Eres Don Diego?
 Llega. *Dieg.* Terribles asombros!
Sanch. Baxa, dame tus abrazos.
Dieg. Arrojaréme en tus brazos,
 y llevaréte en mis hombros.
Entrase Don Diego, y salen al muro
de Zamora Doña Urraca y
Arias Gonzalo.
Urr. Qué has oído en el real
 de D. Sancho? *Arias.* Grande estruendo,
 y un hombre se viene huyendo.
Urr. Y volando viene: hay tal?
Arias. El que le sigue á caballo,
 si es que alcanzarlo desea,
 cómo se apea? *Urr.* Se apea?
Arias. Y á pie procura alcanzallo.
 Bellido es el que huye allí.
Urr. Y el que le sigue es Rodrigo.
Arias. Ya se encamina al postigo
 nunca cerrado. *Urr.* Ay de mí!
 qué habrá hecho? estoy perdida!
Salen por el palenque, que se ha de ha-
cer, para que pase un caballo hasta el
tablado Bellido, y tras él el Cid,
los dos á pie.
Bell. Como el viento soy ligero.
Cid. O mal haya el caballero
 que las espuelas se olvida!
 Por alcanzarte mejor,
 me apeé, y al viento igualas:
 espera. *Bell.* Notables alas
 son las del miedo. *Cid.* Ah traidor!
Urr. Ah del postigo, amparado
 á Bellido. *Arias.* Oye, señora. *Vase.*
Bell. Dale sagrado, Zamora,
 á quien te dió libertad. *Entrase.*
Cid. Ah villano! no estarás
 dentro en Zamora seguro,
 que derribaré este muro
 á puntapiés. *Urr.* Dónde vas?

Afuera, afuera, Rodrigo,
 el soberbio Castellano,
 acordásete debiera
 de aquel buen tiempo pasado,
 que te armaron caballero
 en el altar de Santiago:
 mi padre te dió las armas,
 mi madre te dió el caballo,
 yo te calcé espuela de oro,
 porque fueras mas honrado,
 pensando casar contigo,
 no lo quisieron mis hados.
 Casásete con Ximena,
 hija del Conde Lozano:
 con ella hubiste dineros,
 conmigo fueras honrado.
 Muy bien casaste, Rodrigo,
 mejor hubieras casado;
 dexaste hija de un Rey
 por tomar la de un vasallo.
 Vete, Cid, Rodrigo, vete,
 pues te muestras tan ingrato,
 que no solo no te acuerdas
 de lo que estás obligado;
 pero loco y atrevido,
 soberbio, arrogante y vano
 á mi decoro te atreves
 con la lengua y con las manos.
 Pagaste amor con desden,
 y lealtades con engaños;
 con males pagas los bienes,
 los favores con agravios.
Cid. Señora, corrido estoy
 de ver que me ofendas tanto,
 que me culpes de atrevido,
 y que me arguyas de ingrato.
 Si tu padre me ciñó
 la espada que traigo al lado,
 por eso contra Zamora
 de la vayna no la saco,
 cumpliendo así el juramento
 que me tomó agonizando
 en presencia de sus hijos
 sobre sus reales manos.
 Si tu madre y Reyna mía,
 me honró con darme el caballo,
 y tú con la espuela de oro
 me dexaste mas honrado;
 por eso el caballo ahora

de-

detuvo el curso gallardo
 con que volaba otras veces,
 tu disgusto adivinando.
 Y las espuelas tambien
 con que pudiera picarlo,
 se escondieron al buscarlas,
 y al quererlas me faltaron.
 Pues si en mí, que te respeto,
 y hasta tu sombra idolatro,
 lo irracional, lo insensible
 muestra sentimiento humano,
 por qué dices que te enojo?
 por qué piensas que te agravio?
 qué disgusto te procuro?
 qué decoro no te guardo?
 Si no me casé contigo,
 fué, señora, imaginando,
 que aun con tus alas no fuera
 posible volar tan alto.
 Si vengo sirviendo al Rey,
 solamente le acompaño,
 ni en tu daño le aconsejo,
 ni contra ti salgo al campo.
 Si ahora un traidor persigo,
 con muchas causas lo hago;

Dando voces en Zamora y el real del Rey, se van Doña Urraca y el Cid, y sale
D. Diego con el Rey D. Sancho en los brazos pasado con el venablo el pecho.

Dieg. Anímate. *Sanch.* No puedo. *Dieg.* Triste calma!
 peso es del alma el que en los hombros llevo.
Sanch. Don Diego, espera, que me sale el alma.
Dieg. A sacarte el venablo no me atrevo.
Sanch. Detiénela en la boca de la herida.
Dieg. Voces daré al real. *Sanch.* La muerte pruebo.
Dieg. Diérate el alma para darte vida,
 si esta imposible hazaña á los humanos
 les fuera de los Cielos permitida.
 Ah del real: valientes Castellanos,
 volved ahora á la piedad el pecho,
 y á la venganza prevenid las manos.
 Valed á vuestro Rey; pero sospecho
 que entre sus confusiones y mi llanto
 no son mis roncadas voces de provecho.
 Ayudadme á llevarle. *Sanch.* Al Cielo santo
 le pide ayuda, porque tenga ahora
 consuelo un hombre, que le ofende tanto.
 Muero, Don Diego. *Dieg.* Muera quien te llora:
 ah injustos hados! ah traidor Bellido!
 Sin duda sabe en tu traicion Zamora.
 Venganza espero, si justicia pido.

pues esta mañana solo
 salió con el Rey tu hermano,
 y ví que pasaba huyendo,
 rezelé el notable daño
 de que avisaron al Rey
 las voces de Arias Gonzalo.
 Y con venir arrogante,
 temeroso y temerario,
 advierte si te respeto,
 y si decoro te guardo;
 pues á tu voz me detuve,
 y á tu enojo estoy temblando.
Urr. Ya es ménos, Rodrigo, escucha.
Dent. Arias. Muera Bellido, matadlo.
Dentro dando voces. Muera, muera.
Urr. Voces siento.
Dan voces dentro, como que las dan en
Zamora y en el real de D. Sancho.
Dent. O infelice Rey Don Sancho!
Cid. Qué escucho? *Dent.* Los de Zamora
 son traidores declarados.
Urr. Rodrigo, á Dios, mi presencia
 importará. *Cid.* Cielo santo,
 qué puede haber sucedido?
 todo el Cielo viene abaxo.

C

Cie-

Cielo! Zamora es causa. *Sanch.* No, Don Diego, causa es de causas quien la causa ha sido. Fuí hijo inobediente, estuve ciego, y el Cielo me castiga, á quien le pido, que entre agua y sangre me perdone el fuego. Solo instrumento á su justicia he sido, que de matar á un Rey atrevimiento no tuviera Zamora ni Bellido.

Dieg. Iguala á la desdicha el sentimiento, y si al agravio la venganza igualo, volarán sus cenizas por el viento. Abrasaré á Zamora, pagarélo; que no porque el castigo es justo es bueno, dexa de ser el instrumento malo. Alborótese el mundo, quede lleno de horror, de asombro, de dolor, de espanto, que yo he de ser el rayo de este trueno.

Sanch. Ah D.Diego! *Dieg.* Ah señor! *Sanch.* No llores tanto mi muerte, mira muda esa esperanza de quien quizá se ofende el Cielo santo.

Dieg. Fundada está en justicia esta venganza.

Salen el Conde D. García y los Soldados que fueron con él.

Aquí está el Rey. *Sanch.* O Conde Don García!

García. Y el que mas parte de tu pena alcanza.

Sanch. Mis vasallos. *Tod.* Señor. *Sanch.* La culpa es mia, y de Dios la justicia. *Sale el Cid.*

Cid. O injusta mano!

tu atrevimiento entónces no sabia; que hiciera mi dolor el paso llano derribando murallas, y vengara, si es que se venga un Rey en un villano.

Dieg. Llega, famoso Cid. *Cid.* O fuerte Lara!

Qué es esto, Rey, señor? *Sanch.* Flor de Castilla, no hay segura corona ni tiara.

Pasóme de un venablo la cuchilla, que sagrado ó real qualquiera pecho es de barro tambien. *García.* O gran mancilla!

Cid. Yo he de quedar en lágrimas deshecho.

Sanch. Mis leales vasallos, una cosa haced para que muera satisfecho.

La maldicion de un padre rigurosa en la tierra me alcanza, volvé al Cielo, contemplantle en su esfera luminosa, pedidle tiernamente algun consuelo á esta pena mortal, si es que le obligo con sangre suya, que colora el suelo.

Y tú, Cid, de quien fué tan grande amigo, ruégale que á los Cielos soberanos pida el perdon, pues obligó al castigo.

Jesús! muero: decid á mis hermanos que me perdonen, como yo al que puso en el pecho de un Rey traidoras manos.

García. Gran gente viene, y con tropel confuso llegan. *Cid.* En esta tienda que han armado, lo entremos. *Sanch.* Pues el Cielo lo dispuso, en su misericordia confiado muero contento, y el villano yerro perdono, y perdon pido.

Vanle entrando, quando va diciendo esto el Rey, y cubriéndole con la cortina dice Don Diego

Dieg. Ya ha espirado.

Ah Zamora cruel! cómo no cierro con tus murallas? hecho mas honroso es hacer su venganza que su entierro.

Ah Castellanos, ah Bivar famoso!

Conde Don Nuño, Conde Don García, rete á Zamora un hombre valeroso, y despues de probar su alevosía en el campo, abrasada en nuestro fuego demos al viento su ceniza fria.

García. Dice Don Diego bien. *Nuño.* Tiene Don Diego sangre del gran Mudarra. *Cid.* Hirviendo ahora da lugar al enojo, y no al sosiego.

Mas para averiguar si es que Zamora cupo en esta traicion, hágase el reto.

Dieg. Quién pone duda en eso? *Cid.* Quien lo ignora.

Dieg. Que tuvo valedores os prometo, que no pudiera hacer, siendo Bellido causa tan leve, tan notable efeto.

Y aunque no fuera así, traicion ha sido, siendo de este delito sabidores, haber al delinquente recogido.

Pues quién duda, si fueron valedores de un acto tan atroz, tan torpe y feo, que todos en Zamora son traidores?

Cid. Que lo fué Arias Gonzalo no lo creo, pues aun lleva su voz el ayre vano, con que quiso estorbar tan mal deseo.

Pero vaya á retarle un Castellano, que él volverá por sí, que aun tiene acero en la espada, en el pecho y en la mano.

A mí me mirais todos? *García.* El primero eres siempre en Castilla. *Cid.* Mi cuidado os dará de mi sangre un caballero; pues yo, como sabeis, tengo jurado de no ir contra Zamora. *Dieg.* No á excusarte bastara el juramento; mas no has dado en que el volvernos todos á mirarte

fué que tu edad y tu opinion honrada
 obliga á preferirte y respetarte:
 y no porque esa mano y esa espada
 haga falta en Castilla, aunque ella fué era
 con mayor opinion acreditada.
 Y ya sabemos, que si el Cid quisiera
 alcanzar á Bellido, le alcanzara,
 porque con mas cuidado le siguiera.
 Llegara á tiempo, y en Zamora entrara,
 pero entre las almenas de Zamora
 oyó una voz y veneró una cara.

Cid. Aunque en Bellido la intencion traidora
 me obligaba á cuidados vigilantes,
 no supe entónces lo que lloro ahora.
 Tarde lo supe, que á saberlo ántes,
 por vengar á mi Rey con pies valientes
 derribara murallas de diamantes;
 sin poderlo estorbar inconvenientes
 de respetos humanos, en el mundo
 fuera mi espada asombro de las gentes.
 Y si de esta verdad, en que me fundo,
 dudare alguno, le diré:— *Dieg.* Rodrigo,
 bien la acredita tu valor profundo.
 Solo vuelvo á deciros, que me obligo
 al reto de Zamora. *Nuño.* Seguiria
 yo esta opinion. *Garc.* Yo y todo. *Cid.* Y yo la sigo.
 Y si ántes dixé que de sangre mia
 daría un caballero valeroso,
 por ti, Don Diego Ordonez, lo decia.

Dieg. Todos me honrais, y tú, gran Cid famoso,
 con tan grande favor me infundes brio
 á emprender esta hazaña poderoso.

Cid. Vamos á prevenir el desafio.

Dieg. Pagando en sangre á mi lealtad tributo,
 con las nubes, que engendra el llanto mio,
 hasta el sol en su esfera pondrá luto. *Vanse.*

Sale Doña Urraca sola.

Urr. Válgame Dios! si es verdad
 que se engañan mis sentidos?
 en el real alaridos,
 y voces en la Ciudad?
 Si fué algun atrevimiento
 de Bellido?

Sale Don Rodrigo Arias.

Rod. Di traicion.

Urr. Qué ha sido? *Rod.* Desdichas son.

Urr. Dilas tú, pues yo las siento.

Rod. La triste voz ha llegado
 de que al Rey Don Sancho ha muerto.

quereis quitarle la vida?

Señora, si á tus pies puesto
 no me defienden tus manos,
 muerto soy. *Urr.* Ah Zamoranos.
 Arias Gonzalo, qué es esto?
 Por qué seguis á Bellido?
 qué ha hecho? *Arias.* Dexe, señora,
 verter la sangre traidora
 del que la tuya ha vertido.
 Quando la tierra estremese,
 quando los Cielos espanta,
 quando tus leyes quebranta,
 quando tu fama enmudece,
 quando pierde tu opinion,
 quando al Rey tu hermano ha muerto,
 tú le defiendes? *Urr.* Es cierto?

Arias. Malas nuevas ciertas son.

Por los ayres han venido
 de que el Rey nuestro señor
 murió á manos de un traidor,
 quién será sino Bellido?

Urr. Quién será sino mi suerte
 causadora de estas penas?

Prendedlo, echadlo en cadenas;
 pero no le deis la muerte.

Quítale la espada Urraca.

Arias. Cómo en delito tan grave?
 pues dirá quien de ello trata,
 que quien su muerte dilara
 algo en sus traiciones sabe.

Urr. Y no será lo mas cierto;
 pues la ocasion los obliga
 decir, que porque no diga
 los cómplices, lo hemos muerto,
 y resultar del suceso
 otra mayor desventura.

En una cárcel segura
 le tened seguro y preso.
 Y si es que los Castellanos
 dicen que culpa tenemos,
 la disculpa les pondremos
 y el delinquente en las manos.

Arias. Son tus razones, señora,
 de tu discrecion tributo.

Urr. Cubran de funesto luto
 las murallas de Zamora.
 Y vean el sentimiento
 con que esta desdicha pago,
 mi inocencia en lo que hago,

y mi pena en lo que siento.

Arias Gonzalo, conmigo
 te ven, que aun hay mas que hacer.

Arias. Tu discreto parecer,
 como tus pisadas sigo.

Llevad preso ese traidor.

Vanse Arias Gonzalo y Doña Urraca.

Bell. Traicion es poner la mano
 en un Rey que fué tirano?

1. Nunca es tirano el señor.

Bell. Ah Zamora, cómo en mí
 tu noble opinion estragas,
 pues con prisiones me pagas
 la libertad que te dí!
 Por hecho tan valeroso
 atais tan valientes manos:
 mas ya, indignos Zamoranos
 del nombre antiguo y famoso,
 ya entiendo vuestra intencion,
 aunque no me la digais;
 pues al traidor castigais
 para lograr la traicion.

Mano fuí con que tirastes
 la piedra. 2. Calla, villano.

Bell. Y ahora escondeis la mano.

2. Tú mientes. *Bell.* Bien me pagastes,
 Zamora, pues me condenas.

1. Mataréte, si no callas.

Bell. Veas tener tus murallas
 por cimientos tus almenas.

*Vanse llevándole preso, y sale arriba
 Doña Urraca y Arias Gonzalo, y tocan
 trompas roncacas y tambores destempla-
 dos, y va saliendo el entierro del Rey,
 y pasando y entrándose.*

Urr. Qué trompas roncacas son estas,
 y tambores destemplados?

Arias. Todo por los ayres dice
 la muerte del Rey Don Sancho.
 Su entierro debe de ser;
 ó quizá, si no me engaño,
 es publicar el delito
 para vengar el agravio.
 Mira en orden las hileras
 que vienen de quatro en quatro,
 hácia Zamora se acercan
 cubiertos de lutos largos.
 Los mejores de Castilla
 llevan las andas en alto,

don-

donde viene muerto el Rey.
Triste y lamentable caso!
Mira á sus pies su corona,
su cuerpo en sangre bañado,
y por el heroyco pecho
mira el agudo venablo.
Y con funesto silencio
los Reales Castellanos,
que hasta el sol visten de luto
con el polvo que arrastrando
levantan tantas banderas;
y mira (prodigio extraño!)
que solo muestran desnudas
las espadas en las manos.
Cómo afligen, cómo lloran
á venganza amenazando!
ó cuánto callan sintiendo!
ó cuánto dicen callando!

Urr. Ay infeliz suerte mia!

Yo me voy, Arias Gonzalo,
que el pecho de una muger
no es posible sufrir tanto.

Vase Doña Urraca, y suena una trompeta,
y descubre en un caballo á D. Diego
Ordoñez de Lara, que viene armado,
cubierto de luto, y con una mortaja
al hombro y un Crucifixo en la
mano derecha.

Arias. Mas qué bastarda trompeta
suena por este otro lado,
y haciendo en los montes ecos
pide silencio á los campos?
Allí viene un caballero,
ya con la vista le alcanzo,
ya le conozco en el brio,
y es sin duda, no me engaño,
Don Diego Ordoñez de Lara,
que tiene por nombre el bravo,
todo cubierto de luto
hasta los pies del caballo:
debaxo del luto lleva
un arnes muy bien trazado,
una mortaja en el hombro,
y un Crucifixo en la mano.
Hacia el Crucifixo mira,
y viene con él hablando;
aquí llega, y hablar quiere,
atento quiero escucharlo.

Dieg. Ah Zamoranos cobardes,

desleales, fementidos,
oidme, testigo el Cielo
de las verdades que os digo.
Consejo fué de Zamora,
deslealtad, traicion ha sido
el matar al Rey Don Sancho
por las manos de Bellido.
Y así reto de traidores,
primero al consejo mismo,
á los chicos, á los grandes,
á los viejos, á los niños;
hasta las mugeres reto,
á los muertos, á los vivos,
y reto á los por nacer,
pues sois pocos los nacidos:
y reto en vuestra Zamora
plazas, calles, y á quien hizo
de la mas humilde casa
al mas soberbio edificio:
reto el pan, reto la carne,
reto el agua, reto el vino,
á las aves de los vientos,
á los peces de los rios:
á quanto os sustenta reto,
y en el campo desafío
al que á defender se atreva,
que Zamora no ha sabido
en tan villana traicion,
y en tan infame delito.

Arias. Don Diego Ordoñez de Lara,
en lo que ahora habeis dicho
hablastes como valiente,
pero no como entendido.
En lo que hicieron los grandes
qué culpa tienen los chicos?
y qué merecen los muertos
en lo que hicieron los vivos?
y qué han culpado en Zamora
calles, plazas, edificios?
qué saben de sentimientos
los que no tienen sentidos?
Sabeis como está ordenado,
y por ley establecido,
que el que retare á consejo
ha de matarse con cinco?

Dieg. Ya lo sé, y con cinco mil
á matarme me apercibo;
mañana en saliendo el sol
sustentaré lo que he dicho

en el campo, si es que salen
esos cinco. Arias. Yo y mis hijos
morirémos por Zamora.

Dieg. Bien decis, pues yo me obligo
á mataros. Arias. Dios lo sabe,
y el responder á esos brios
para mañana dilato.

Dieg. A mi espada lo remito:
y á vos, por quien pienso ser
instrumento del castigo.

Los dos versos postreros los dice D. Diego
mirando al Crucifixo y vase, y Arias
Gonzalo entrase de la muralla, y salen
el Rey D. Alonso y Zayda Mora.

Zayda. Alonso, qué te parecen
los jardines de Toledo?

Rey. Que envidia tenerles puedo
de que tus plantas merecen.

Zayda. Qué trascendentes olores,
qué cristalinas corrientes
no regalan estas fuentes,
no consuelan estas flores,
no divierte esta verdura?

Rey. Todo alegra el corazon,
y mas las fuentes, que son
espejos de tu hermosura.

Zayda. Bien tu amor me lisonjea.

Rey. Pues, señora, has de pensar,
que á mí me puede alegrar
cosa que tuya no sea?

Este agrado universal
de darnos Flora en su falda
á pedazos la esmeralda,
y desatado el cristal:
estos árboles con brios,
estas flores á manojos,
todo ha de verse en tus ojos
para lucir en los míos.
Tú fuiste despues del Cielo
en este destierro mio
gobierno de mi alvedrío,
de mis trabajos consuelo.
Y fué tantos intereses
del alma tu rostro bello,
que fuiste en fin todo aquello
que me importaba que fueses.

Zayda. Al ménos puedes creer,
que para verte servido,
ya que todo no lo he sido,

todo lo quisiera ser.

Rey. Eres toda mi alegría
nunca á mis ojos ausente:
una cosa solamente
te falta para ser mia,
que es tener Christiano el ser.

Zayda. Solo no puedo por ti
ser Christiana. Rey. Cómo así?

Zayda. Porque por mí lo he de ser.
Conocí la ceguedad
de mi ley, y la he mudado;
y así, aunque por ti he llegado
á conocer la verdad,
pues se ha fraguado en mi pecho
acto tan libre, no es justo
decir que fué por tu gusto
lo que ha sido en mi provecho.
Rey. Qué influencia, qué ventura
causó tan dichoso efeto,
como ver en un sugeto
tu discrecion y hermosura!
Solo en ti sola conviene
hermosura y discrecion.

Zayda. Ay Alfonso! Alimaymon
con sus Morabitos viene.

Y como sospecha en fin,
que llegamos á querernos,
parecerle ha mal el vernos
en lo oculto del jardin:
para excusar en mi daño
la pena del que dirán,
la sombra de este arrayan
lo ha de ser de nuestro engaño.
Aquí te finge dormido,
por excusar el calor
de la siesta. Rey. En nuestro amor
esto solo habrá fingido.

Entrase en un arrayan, que ha de haber,
y pónese como dormido, y salen el Rey
Moro y dos Morabitos viejos.

Alim. Bella es Toledo. Mor. 1. Es famosa.
Mor. 2. A tener tan buena estrella
como es fuerte y como es bella,
no estuviera peligrosa.

Alim. Peligrosa? Algun rezelo
me das. Mor. 1. Bien puedes temer.

Alim. Toledo se ha de perder?
Mor. 2. Así está escrito en el Cielo.
Mas tu cuidado y prudencia

vencerá á la Astrologia;
 porque es la sabiduria
 mas fuerte que la influencia.
Alim. No está Toledo fundada
 en lugar tan eminente?
 No hacen su muro y su gente
 inexpugnable su entrada?
 No es fuerte la menor torre
 de su alcazar? *Mor.* 1. Pues conviene,
 oye la falta que tiene,
 mira el peligro que corre.
Rey. Esta plática en que asisto, *ap.*
 podrá importarme despues.
Zayd. Casi, casi entre los pies *ap.*
 le tienen, y no le han visto.
Alim. Adviertes notablemente.
Mor. 2. Aunque es Toledo invencible,
 tiene el socorro imposible
 de bastimento y de gente.
 Y así á la larga cercada,
 por hambre se ha de perder;
 que mas cruel suele ser
 que la lanza y que la espada.
Alim. Habla baxo, porque el viento
 tiene voz y tiene oido.
Rey. No es malo estar advertido. *ap.*
Alim. En mi cerrado aposento
 de cosas tan importantes
 fuera bien que me trataras.
Mor. 1. Bien adviertes, bien reparas,
 y si me advirtieras ántes,
 yo tuviera:-
Vanse entrando, y vén á Alfonso dormido.
Alim. Es el Christiano
 Alfonso? *Mor.* 2. La lengua muda.
Mor. 1. Con lo que ha oido, no hay duda
 que está Toledo en su mano,
 si te quiere ser traidor.
Alim. Prenderélo. *Mor.* 2. Bien harás.
Mor. 1. Por asegurarte mas,
 matarle será mejor.
Rey. Ay de mí! yo soy perdido. *ap.*
Zay. Ay, mi Alfonso! *Rey.* Qué haré pues?
 hablaréles? Mejor es *ap.*
 el fingir que estoy dormido.
Alim. Iré contra el juramento
 y palabra que le dí,
 si es que le mato. *Zayd.* Ay de mí!
 Matárame el sentimiento. *ap.*

Ali. Si duermes? *Zay.* Yo estoy muriendo:
 en viendo acero desnudo,
 seré de su pecho escudo.
Alim. No lo habrá oido durmiendo.
 Téngole mucha aficion,
 y no le podré matar.
Mor. 2. Y es razon aventurar
 tu Reyno? *Alim.* Tienes razon.
 Llegad, matadle. *Zayd.* O Alá!
Alim. Espera. *Zayd.* Yo soy perdida! *ap.*
Rey. Peligro corre mi vida. *ap.*
Alim. Durmiendo, durmiendo está.
 Dexadlo: si no durmiera,
 temiendo su muerte clara,
 sin duda se levantara,
 sin duda se defendiera.
 A lástima me provoca:
 quíerole bien. *Mor.* 1. Haz mirar,
 si está mojado el lugar
 adonde tiene la boca;
 que es evidente señal
 de que el sueño es muy pesado.
Rey. Yo haré que le hallen mojado. *ap.*
Zayd. Ay cuitada! *ap.*
Rey. Estoy mortal! *ap.*
Mor. 2. Mojado está, llega á vello.
Alim. No hay que temer.
Míranlo todos.
Mor. 1. Mas, señor,
 adviertes:- *Rey.* Con el temor
 se me levanta el cabello.
Tocándole el cabello uno de los Morabitos, se le levanta.
Mor. 2. Que el cabello que levanta
 en su cabeza, es corona,
 y no sé como perdona
 tu cuchillo á su garganta.
 Que ha de ser Rey de Toledo
 me dice á voces la ciencia;
 llega, harás una experiencia.
Rey. Muerto soy! *Zayd.* Mariendo quedo!
Mor. 2. Haz á tu mano humillarse
 su cabello levantado.
Pasándole el Rey la mano por encima del
cabello, le baxa, y luego vuélvesele
á levantar.
 Vés que apenas le has baxado,
 quando vuelve á levantarse?
 pues en qué reparas ya?

si no le mandas matar,
 en Toledo ha de reynar
 Alfonso. *Alim.* Válgame Alá!
 Con este acero probar
 como con la mano quiero,
 si baxa el pelo.
Sale Zayda, y pónese delante el Rey,
que habia echado mano á su alfange
para Alfonso.
Zayd. Primero *ap.*
 por mi pecho ha de pasar.
Alim. Qué os va á vos, sobrina mia,
 en esto? *Zayd.* Vame, señor,
 el estimar tu valor,
 que es tan mio. *Rey.* Ay, mi alegría!
Zayd. Si está Alfonso en confianza
 de tu palabra en tu tierra,
 es fundarse en buena guerra
 tu justicia y tu venganza,
 el matarle así á traicion?
 Y yo, tio, he de tener
 por justo el verte perder
 la alabanza y la opinion?
 Primero quiero morir
 á tus manos. *Alim.* No hay dudar;
 mas que no quise matar
 al Christiano, has de advertir.
 Pues sólo quise, admirado
 de tan notable extrañeza,
 probar yo, si en su cabeza
 el cabello levantado,
 que no se humilló á mi mano,
 se domeñaba á mi acero;
 pero ya ni aun eso quiero,
 pues quiero tanto al Christiano,
 que es su vida propia mia.
 Despues quiero aprisionarlo. *ap.*
Mor. 2. Si haces yerro en no matarlo,
 verá Toledo algun dia.
Vanse el Rey y los Morabitos.
Zayd. Gracias á Alá, que mi bien
 de tan gran peligro sate.
Rey. Por muchos amigos vale
 la muger que quiere bien.
Zayd. Levanta, mi Alfonso amado,
 y del peligro te aleja.
Rey. Mi querida Zayda, dexa
 que bese lo que has pisado:
 que mas méritos arguyo

de tu calidad inmensa.
Zayd. Qué hice por tu defensa
 en dar un pecho que es tuyo?
Rey. Tú eres mi seguro puerto.
Zayd. No sé ahora si lo está.
Sale Peranzules con unas Cartas, y
dáselas á Alfonso.
Rey. Peranzules? *Per.* Señor, ya
 nuestro Rey Don Sancho es muerto.
Rey. Válgame Dios! que he perdido
 mi hermano! el alma lo siente.
Per. Por estas mas largamente
 puedas saber cómo ha sido.
 Pero con mas brevedad
 le importará á tu persona
 el partir por la corona
 que heredaste. *Zayd.* Así es verdad.
Rey. Y cómo en tal confusion
 podré escaparme de aquí?
Zayd. Fiando, Alfonso, de mí
 la industria y la prevencion.
Rey. Mas he de serte cruel?
 qué dices, mi sol divino?
Zayd. Que te haré llano el camino,
 como te siga por él.
Rey. Adoro tal pensamiento.
Zayd. Emprendo tan grande hazaña.
Rey. Tú serás Reyna de España.
Zayd. Con ser tuya me contento.

JORNADA TERCERA.

Salen Arias Gonzalo y sus quatro hijos
Pedro Arias, Diego Arias, Rodrigo
Arias, Gonzalo Arias, armados
todos cinco.
Arias. Ya, Pedro, sois Caballero.
Ped. Tu bendicion á tus pies
 me anima, imitarte espero;
 pues tengo como el arnes,
 el pecho tambien de acero.
Arias. De mi mano estais armados
 los quatro. *Rod.* Danos, señor,
 la bendicion. *Arias.* Sed honrados
 para que imiteis mejor
 el valor de mis pasados.
 A morir, si no á vencer,
 hoy los cinco habemos de ir,

y yo el primero he de ser:
seré el primero al morir,
pues fui el primero al nacer.
Dieg. Eso, mi padre, sería
mengua nuestra. *Gonz.* Y por tu cuenta
nuestra afrenta correría.
Rod. Mira, señor, que es afrenta
de mis hermanos y mía.
Ped. Tan poca seguridad
tienes de nuestro valor?
Rod. Y tan poca autoridad
tiene mi opinion, señor?
Arias. No me repliqueis, callad.
Soy muerto yo? Cielo santo!
ó lo que tarda en salir
el sol! pero no me espanto:
tème que lo han de partir,
y por eso tarda tanto.
Sol hermoso, alegra el día,
y contrapuesto al ocase
logra la esperanza mía.
Lo que te detiene el paso
es pereza ó cobardía?
Hay cosa que te acobarde?
Por qué me consuelas tarde?
De ti me quiero quejar.
Quando salgo á pelear
es razon que estés cobarde?
Rod. Mucho, padre, has madrugado.
Dieg. Sospecho que no has dormido.
Arias. Hijos míos, el honrado
mientras se siente ofendido,
ha de vivir desvelado.
Ponerme las armas quiero.
Gonz. Aquí están. *Arias.* Y podrá ser
que salga el sol mas ligero,
con la vanidad del ver
sus reflexos en mi acero.
Sale Doña Urraca.
Urr. Arias Gonzalo? *Arias.* Señora?
Urr. Padre, señor. *Arias.* A vencer
ó morir me parto ahora;
yo el primero he de volver
por tu honor y por Zamora.
Urr. Y eso es justo en ocasion,
que están tus hijos delante?
Arias. Mientras vivo, no es razon
que dexé de ser Atlante
yo mismo de mi opinion.

Dadme esas armas. *Urr.* Dexad
de hacer tan notable exceso:
sustenta mi autoridad,
padre del alma, que es peso
mas conveniente á tu edad:
y perdona, si te doy
pena en esto. *Arias.* De que así
me trates, corrido estoy;
pues si no soy lo que fui,
aun es algo lo que soy.
La lanza puedo empuñar,
y á bien poco te prometo,
que saliendo á pelear,
después de pasado el peto,
la rompí en el espaldar.
Manos tengo, y si me hallo
con la gota, esto no es
ocasion para excusallo,
pues á falta de dos pies
quatro me dará un caballo.
Demás de que no pudiera
excusarme, cosa es clara,
aunque tan sin ser me viera,
que de morir acabara,
ó por nacer estuviera;
pues que con tanta osadía
Don Diego á los por nacer
y á los muertos desafia.
Urr. Padre, pues cinco han de ser,
sé el postrero. *Arias.* No, hija mia.
No, señora. *Urr.* ¿Cómo no?
Arias. Supuesto que me habilito
para salir:— *Urr.* Quién tal vió?
Arias. Mi opinion desacredito,
no siendo el primero yo.
Si mis hijos donde quiera
me dan el primer lugar,
que yo el postrero escogiera,
quando salgo á pelear,
cobardía pareciera.
Dame el peto y espaldar,
que ya mi sangre alterada
hierva en mi pecho. *Urr.* Dexar
me quereis dasamparada,
quando me acaba el pesar?
Quando en tanta confusion
rezelo tanto los tiros
de esta sangrienta ocasion,
que hasta mis propios suspiros
pien-

pienso que gigantes son?
Quanto mas he menester
tu favor, sola me dexas?
Vuelve, y echarás de ver
mis lágrimas y mis quejas,
que á un monte pueden mover.
Acuérdate, que Fernando
mi padre y tu Rey, muriendo
te llamó, y agonizando
dixo: A Urraca te encomiendo;
y respondiste llorando:
Yo te prometo, señor,
de nunca desamparalla.
En cumplir esto mejor,
que en salir á la batalla,
acudirás á tu honor.
Arias. Infanta, á morir provoca
tu queja y tu sentimiento;
y ya advierto que en tu boca
es tu ruego mandamiento,
y obedecerlo me toca.
Mas oye, escucha y repara
en lo que decirte quiero:
á mis hijos enviara,
mas es bravo caballero
Don Diego Ordoñez de Lara.
Y aunque fuertes caballeros
son mis hijos (ay de mí!)
temo mucho sus aceros,
y así los golpes primeros
quiere que execute en mí.
Que aunque mis intentos buenos
no saquen de esta jornada
otra cosa, por lo ménos
embotando en mí su espada
cortará en mis hijos ménos.
Rezelo el verlos morir
á sus manos. *Urr.* Qué pesar!
Arias. Salir quiero á combatir,
pues me promete el quedar
mayor pena que el salir.
Ay mis hijos! *Urr.* Y no son
tan de hija estos abrazos?
Arias. Lastímanme el corazon.
Urr. No saldrás de entre mis brazos,
Atlante de mi opinion.
Arias. No tengo qué responder,
porque á tan fuerte mandar
es mengua no obedecer.

Urr. Tus manos quiero besar.
Arias. Hijos, morir ó vencer.
Gonz. Por la edad me toca á mí
ser primero. *Rod.* Yo saldré,
que tantas veces salí
vencedor! *Arias.* Si merecí
ser dichoso, yo seré.
Ped. De hoy armado caballero,
con mas ocasion te obligo.
Arias. Qué de cosas considero!
El mas valiente es Rodrigo, ap.
mas es el que yo mas quiero;
y querríale excusar,
hasta que á mas no poder
le tenga de aventurar.
El mayor habia de ser
el primero en pelear;
pero, pues se ha derogado
en mí esa ley, los menores
irán primero. *Ped.* Hasme dado
mil glorias. *Arias.* Y mil temores
en el alma me han quedado.
Rod. Notablemente me aflixo,
señor, de tus extrañezas.
Arias. Callad, pues á Pedro elijo:
con notable hazaña empezas
á ser caballero, hijo.
Por tu patria y tu honor vas
al campo, no hay que temer,
que sin duda vencerás:
piensa que vas á vencer,
pero no discurras mas.
Porque resuelto á salir
no tienes mas que pensar,
que es dañoso el discurrir;
pues nunca acierta á matar
quien teme que ha de morir.
Urr. Tan gran valor no se halla
en la tierra. *Rod.* Todo es fuego.
O lo que siente quien calla!
Tocan dentro una trompeta.
Arias. Ea, hijos, ya Don Diego
hace señal de batalla.
Un y dos veces replica
la trompeta. Ah, quién pudiera
salir! Mis males publica,
sobradamente me altera,
qué daños me pronostica!
Ven, pondréte la celada.

Tiembblas, hijo? Espera, tente.
Ped. No es cobardía. *Arias.* No es nada,
que siempre tiembla el valiente
antes de sacar la espada.

Ped. Padre, confianza ten
de mi fuerza y de mi brio.

Arias. Llégate, llégate bien,
llévate este aliento mio,
y esta bendición tambien.

Urr. Tengo el alma enternecida.

Arias. Por ti quedo sin juicio.

Urr. A tus brazos iré asida.

Arias. Este es el mayor servicio,
que pude hacerte en tu vida. *Vanse.*

Salen dos Soldados.

Sol. 1. No puedo dexar de ver
la batalla, aunque la siento.

Sol. 2. Hasta el sol está sangriento,
sangriento el día ha de ser.

Sol. 1. El mirar la empalizada
la sangre al pecho retira.

Sol. 2. Y qué de gente la mira
atónita y admirada!

Hombres y piedras se imitan

en el callar. *Sol. 1.* Quién vió tal?

A silencio general

unos á otros se incitan.

*Salen los Condes Nuño y García, y
sientanse en las sillas.*

Nuño. No ví tan gran suspension.

Garc. Ni temí tan triste día.

Sol. 2. Los Condes Nuño y García
se sientan: Jueces son.

Sol. 1. Cómo ese cargo no han dado
al gran señor de Bivar?

Tocan atabalillos.

Sol. 2. No lo ha querido aceptar
por no serlo apasionado.

Pero allí está, no le vés?
armando una tienda está.

Sol. 1. Para Don Diego será.

Es fiel del campo. *Sol. 2.* Así es.

*Salen en el andamio de Zamora Doña
Urraca y Arias Gonzalo.*

Arias. Darás ánimo, señora,
á mis hijos desde aquí.

Urr. Contra mi gusto salí.

Sol. 1. Al andamio de Zamora
llena de luto funesto

sale la Infanta. *Sol. 2.* Honrarálo
al buen viejo Arias Gonzalo,
que á sus espaldas se ha puesto.
Hacia allí suena ruido.

Sol. 1. Don Diego debe de entrar.

Sol. 2. No nos faltará lugar,
aunque tarde hemos venido. *Vanse.*

Nuño. Con bravo denuedo ha entrado
Don Diego. Ordoñez de Lara.

Garc. Escrito tiene en la cara
el valor que Dios le ha dado.

Urr. Con notable gallardía
entra D. Diego. *Arias.* Es muy fuerte;

es la imagen de la muerte: *ap.*

ay hijos del alma mia!

Es gallardo, es bravo y fiero.

Urr. Espanto pone el mirallo.

Qué bien se pone á caballo!

Arias. Es famoso caballero.

Es un fuerte Castellano,

ah señora, que tú has hecho,

tan á costa de mi pecho,

que no me oponga á su mano!

Quánto diera por ser yo

el primero que saliera,

adonde mi muerte viera,

y la de mis hijos no!

Urr. De que se apee, me espanto,

Don Diego. *Arias.* Infelice soy!

y yo rebentando estoy

de que Pedro tarde tanto.

Salen el Cid y Don Diego.

Cid. A mí me ha tocado el ser

fiel del campo. *Dieg.* A mí en rigor

me toca el ser vencedor.

Mi justicia ha de vencer,

y con esta confianza

salgo al campo á pelear.

Cid. Mucho aprovecha el fundar

en justicia la venganza.

Dieg. Pues cinco contrarios son

los que yo á vencer me obligo,

plantar por cada enemigo

quiero en la tierra un baston.

Cid. Don Diego, estarlos plantando

qué misterio representa?

Dieg. Para no perder la cuenta

de los que fuere matando.

Y así quiero á cada vida

que

que quite, al ayre arrojar
un baston. *Cid.* Baste tocar
la vara que está tendida
en el campo, si salieres

vencedor, y ve á vencer.

Dieg. Las dos cosas pienso hacer.

Cid. Eso será, si vencieres.

Dieg. Justicia defendiendo ahora,

y hará mi vida inmortal.

Hacen señal dentro.

Urr. Qué temerosa señal!

Arias. Este es mi hijo, señora.

Bien se pone, brio tiene,

ay hijo! vuelve á mirallo.

Cid. Ven á ponerte á caballo,

que ya tu contrario viene.

Dieg. Con valor y sin rezelo

iré á quitarle la vida,

pues que la sangre vertida

de mi Rey clama en el Cielo.

Vanse el Cid y Don Diego.

Arias. Ya saludando á tu Alteza

aprieta el peto al arzon.

Urr. Dale tú la bendición

miéntras baxa la cabeza.

Arias. Ya lo hago, y tú le haz

merced que le infunda brio.

Urr. Fuego del alma le envío.

Arias. Denuedo tiene el rapaz.

Quién experiencia le diese

para engaste del valor?

Urr. Tú le verás vencedor.

Arias. Ah señora, si venciese!

Nuño. Igualmente han parecido

en lo galan. *Garc.* Y en lo fuerte

lo son: con cuidado advierte,

que ya el sol les han partido.

Arias. Ya les dan lanzas: holgara

que el padrino le advirtiera,

de que una lanza escogiera,

que como un roble pesara;

porque quanto mas pesada,

va en el ristre mas segura.

Urr. El Cielo le dé ventura.

Arias. Ya le calan la celada.

Dios te guie. *Asómase mucho Arias.*

Urr. De mirallo

me desmayo, triste calma!

Dónde vas? *Arias.* Llévame el alma

entre los pies del caballo.

Donde la guía el cuidado,

el descuido me abalanza.

O qué bien rompió la lanza!

Urr. Terrible encuentro se han dado.

Garc. Las lanzas hechas hastillas

verá la esfera abrasadas.

Nuño. Ya sacaron las espadas.

Arias. Hará Pedro maravillas.

Urr. Dios te guarde. *Nuño.* Qué refida

es la lid. *Arias.* Ah, quién pudiera

ser su impulso! yo le diera

mas á tiempo aquella herida.

Con mayor brio desea

Pedro volver por Zamora;

pero Don Diego, señora,

con mas acuerdo pelea.

Urr. Y eso es ventaja? *Arias.* En rigor,

de no poca diferencia,

que en las armas la experiencia

es mas fuerte que el valor.

Muerto es Pedro. *Urr.* Ay desdichada!

causólo mi poca dicha.

Arias. Válgame Dios! mi desdicha

lleva Don Diego en la espada.

Garc. Venció el de Lara. *Nuño.* Es muy

dióla dos golpes extraños! *(fuerte,*

al pobre jóven. *Garc.* Sus años

se llevó en agraz la muerte.

Urr. Mi malograda esperanza

sangre por mis ojos llora.

Arias. Mira que impides, señora,

con el llanto la venganza.

Demas que no hay que llorar

á quien muere honradamente:

la pena que el alma siente

me importa disimular:

no digan, pues soy honrado,

que como muger me aflixo.

Salen Don Diego Ordoñez de Lara y

el Cid: saca D. Diego un baston

del suelo y dice:

Dieg. Don Arias, envia otro hijo,

que este ya tiene recado.

Arias. Ya te le estoy previniendo.

Dieg. Y yo lo estoy esperando.

Arias. Don Diego, vence matando,

pero no aflixas diciendo.

Urr. Mas valiente que piadoso

y cortes eres, Don Diego.
Dieg. Vengo á mi Rey, estoy ciego de cólera, estoy furioso.
Cid. Si, mas en esta jornada advierte, por vida mia, que nunca la cortesía quitó la fuerza á la espada.
Dieg. Rigor haya solo en quien sigue venganza tan fiera.
Cid. Ven, descansa. *Dieg.* Si estu viera cansado, dixeras bien.
Cid. Pues ven, y espera á caballo al enemigo segundo.
Dieg. En eso solo me fundo: ola, denme otro caballo.
Vanse el Cid y D. Diego, y sale Diego Arias y se arrodilla á los pies de su padre pidiéndole la mano.
Arias. Diego Arias, mi bendicion recibe. *Arias h.* Dame la mano.
Arias. Con la muerte de tu hermano das mas fuerza á tu razon. Como caballero honrado hizo eterna su alabanza, ve á pagarle en la venganza el exemplo que te ha dado. Sosiega la fortaleza, pues te enseño á costa mia, que venció la valentía. Don Diego con la destreza. Ve, hijo, y para imitallo en el valor y en la suerte, quando peleas, advierte, que el que pelea á caballo no basta que en la estacada, sin ser diestro, fuerte sea; pues con las riendas pelea, con la espuela y con la espada. Y como en saberlo hacer consista el ser vencedor, mas acuerdo que valor le importa para vencer. Tú, hijo, acordadamente emplea manos y pies, con la cólera no des las heridas ciegamente. No tires golpe jamas, aunque te cieguen las iras, sin mirar adonde tiras,

y saber adonde das.
 Busca á la espada camino; que mas vale en la ocasion un golpe con intencion, que muchos con desatino. Y ve, que por mí has tardado, pero disculpado estoy, pues muerto Pedro, te doy consejos de escarmentado.
Arias h. Y tú, señoras: *Urr.* Yo, Diego, mal llorando te hablaré: ve con ánimo. *Arias h.* Yo iré lleno de llanto y de fuego. *Vase.*
Nuño. Es única maravilla el Lara. *García.* Tienes razon: apenas tocó el arzon, quando se puso en la silla.
Nuño. Qué bien se pone á caballo!
García. Qué gallardo es el overo que mudó! *Nuño.* Tal caballero merece tan buen caballo.
García. Debe de ser una pluma, si la espuela le provoca.
Nuño. Por los ojos y la boca arroja fuego y espuma.
García. Gallardamente procura ser símbolo de la guerra; parece que abre la tierra, quando sienta la herradura.
Nuño. El segundo combatiente viene ya. *Arias.* Ya viene Diego.
García. Con brio sobre sosiego parece bien. *Nuño.* Es valiente.
Urr. Aprovechó la lición, reportado muestra el brio, yo le animo. *Arias.* Y yo le envío las alas del corazon. Ay mis hijos! pues no hay dolo en mi razon, gran consuelo será contentarse el Cielo de cinco con uno solo.
Tocan una trompeta.
 Dios te guarde. *Urr.* Qué extrañeza! qué horror! estoy sin sentido.
Arias. Con el encuentro ha perdido del arnes la mejor pieza. Gallardamente acomete con la espada, pero está desarmado; segun va,

de-

desastrado fin promete.
 Guarte, guarte, (ay hijo!) muero: que Don Diego, sin tirarte, te va buscando la parte donde te falta el acero. Ay fortuna! ya le ha hallado, ya dos hijos he perdido, el uno por no advertido, y el otro por desdichado.
Urr. Jesus! terrible rigor de mi desdichada suerte.
Arias. Pero ya el alma convierte esta lástima en furor.
Nuño. Aun no muestra estar cansado.
D. Diego. *Garc.* Es hombre de acero.
Salen Don Diego y el Cid.
Dieg. Don Arias, envia el tercero, que el segundo he despachado.
Sale arriba Rodrigo Arias y dice:
Rod. Ya va, Don Diego, ya va.
Dieg. Ya te aguardo, ya te aguardo.
Cid. El valiente, aunque gallardo, habla ménos. *Dieg.* Bien está.
Rod. Padre, ya tengo abrasada toda el alma por salir.
Dieg. Ven, y acaba de teñir la guarnicion de mi espada.
Cid. No adviertes que contradice al mucho hacer, mucho hablar?
Dieg. Bien le pueden perdonar al que hace lo que dice: ola, otro caballo.
Vanse el Cid y Don Diego.

Arias. No hay mas paciencia, Rodrigo: yo quiero salir contigo á ser tu padrino yo. Y así en el trance feroz mas cercano, mas violento, alcanzaráte mi aliento, y animaráte mi voz. Dame licencia, señora, para esto. *Urr.* Justo es, que ya, Gonzalo, no es tiempo de terneza ahora. Tan grande rigor me alcanza, que enxugó con extrañeza el agua de la terneza al fuego de la venganza.

Ya no con tiernos enojos puedo llorar, y sospecho que me ha endurecido el pecho tu sangre, que está en mis ojos; tanto que aunque soy muger, si mi honor no lo impidiera, yo por vengarte saliera á pelear y á vencer.
Arias. Señora, dame las manos por merced tan singular.
Urr. Ea, Rodrigo, ve á vengar con tu padre á tus hermanos.
Rod. A eso voy, y ten por cierto, que no temo al enemigo.
Arias. Y para vengar, Rodrigo, los hermanos que te han muerto, en la espada y en la mano de tu contrario valiente mira la sangre inocente de un hermano y otro hermano. El alma pon en tu honor, en la furia tus enojos: abre al peligro los ojos, y cierra el pecho al temor. Ponte seguro á caballo, á Dios primero te humilla, y afirmándote en la silla, á tiempo pica el caballo. Lleva la lanza segura, esgrime diestro la espada, aunque todo importa nada, si es que te falta ventura.
Rod. Ya eso parece dudar en lo que tengo de hacer. No sabes que sé vencer? no sabes que sé matar? Fuerte el mundo no me llama á costa de tantas vidas? Si de lo que soy te olvidas, pregúntaselo á mi fama. Vamos, que corrido estoy de que en mi valor dudaste: tú, padre, que me engendraste, sabes ménos lo que soy. Confiate de mis manos, en mí tu venganza espera; y oxalá que yo saliera primero que mis hermanos.
Arias. Mi eleccion sin duda erró, pues

pues tú mejor pelearas.

Rod. Y dos hijos te excusaras,
á ser el primero yo.

Arias. Ea, hijo, á Dios, señora. Vanse.

Urr. Sin corazon me han dexado,
qué de sangre me has costado!
ay infelice Zamora!

Nuño. Que apenas descansa, advierte,
Don Diego Ordoñez de Lara.

Garc. Aunque un monte lo engendrara,
no pudiera ser mas fuerte.

Nuño. A Rodrigo Arias le toca
esta tanda. Garc. Así es verdad;
tiene grande autoridad
su opinion. Nuño. Con todo es poca,
para lo que es de valiente
con la lanza y con la espada.

Garc. Ya se previene su entrada,
pues se alborota la gente.

Nuño. Su padre le padrina,
y el fuego en su honor atiza.

Urr. Qué bien Gonzalo autoriza
el oficio en que se emplea!
Ay Jesus! Podrélo ver?
Bravo encuentro: el horizonte
atronó, como si un monte
acabara de caer.

Horror es verlos y oillos
herirse con las espadas,
ayunques son las celadas,
y las espadas martillos.
Iguales son en valor.

Nuño. No ví batalla en mi vida
mas igual y mas reñida.

Urr. Qué rezelo, qué dolor!

Nuñ. Qué bien combaten! Urr. Qué pena!

Garc. Ninguno en la fuerza afloxa.

Urr. Ya los dos con sangre roxa
tiñen la menuda arena.
Si con mi llanto te obligo,
Cielo, templa mi cuidado:
terrible golpe le ha dado
el de Lara á mi Rodrigo.
Derribóle la celada,
y haciendo dos de una pieza,
le dexó cara y cabeza
toda en su sangre bañada.
Con qué desesperacion
quiere vengarse! De un tajo

le partió de arriba abaxo
cabeza, riendas y arzon
al caballo de Don Diego.

Huyendo á los vientos sigue,
y Rodrigo le persigue
sangriento, turbado y ciego.

Nuño. De la estacada ha salido.

Garc. El caballo le sacó.

Nuño. Y Rodrigo Arias cayó
del suyo. Arias. Desdicha ha sido.
Sale Rodrigo Arias mortalmente herido
y tras él Arias Gonzalo.

Rod. He salido vencedor,
padre? Arias. A costa de mis penas
ah Cielo, y por cuántas venas
ofrezco sangre á mi honor!

Urr. A pie está Don Diego Ordoñez
fuera de la empalizada,
que en saltando del caballo
le pasó de una estocada.
Para volver á la lid
el un pie tiene en la raya.

Dentro. Ya es vencido, ya es vencido.

Dentro. Vuelva, vuelva la batalla.

Rod. Vuelva, y aunque estey sin vida,
pelearé con el alma.

Urr. Unos le tiran adentro,
y otros le estorban la entrada.

Sale D. Diego. La culpa de mi caballo
no se atribuya á mis armas;
yo he vencido, pues maté
mi contrario. Rod. Tente, Lara.

Arias. Mi hijo solo ha vencido,
que ha quedado en la estacada,
y el que otra cosa dixere,
miente por medio la barba.

Rod. Padre, muera quien lo dice:
el ánimo no me falta
aunque muero. Dieg. El mundo es poco
para el rigor de la espada.

Cid. Detente, Don Diego Ordoñez,
espera, valiente Lara;
pues el fiel del campo soy,
yo defenderé tu causa.

Nuñ. Tente, D. Diego. Garc. D. Diego,
oye. Rod. Padre? Ari. Hijo del alma!

Rod. He vencido? Arias. Sí has vencido.

Rod. Muera yo, viva mi fama.

Urr. Ah jueces Castellanos,

con

con rectitud esta causa,
segun fueros de Castilla,
juzgad. Nuñ. Sí harémos, Infanta,
y para hacerlo, á Don Diego
le mandamos que se vaya.

Urr. Arias Gonzalo, Rodrigo,
no me cabe en las entrañas
esa desdicha que miro;
voy á llorar mis desgracias. Vase.

Dieg. Es justo.

Cid. Vete, Don Diego,
que segun los fueros mandan,
con mas acuerdo es razon
dar al vencedor la palma.

Dieg. Ay infelice Don Diego,
que he sido afrenta de España!
y estas riendas me han quedado
para lazo en mi garganta. Vase.

Rod. Padre, he vencido? he vencido?

Arias. Famoso honrador de España,
venciste con el valor,
y mueres con la desgracia.
Lástima das con terneza,
y envidia con alabanza.

Solo un muerto vencedor
heroyicamente juntara
la lástima con la envidia,
enemigas declaradas.

Yo tus hazañas envidio,
y tu muerte no llorara;
pero esta sangre, que es mia,
tierno iman de mis entrañas,
llamando fuego á mis ojos,
derrite en nieve mis canas.

Rod. Yo muero: padre, he vencido?
Don Diego Ordonez de Lara
espera? Arias. A Dios te encomienda,
hijo, hijo. Cid. Ya no habla
el padre con el dolor,
y el hijo:-- Rod. Jesus! Muere.

Cid. Acaba
de espirar en este punto.

Garc. Ayudémosle á la carga,
si no del pesar, del cuerpo
que tiene en el Cielo el alma.

Cid. Honrado pariente mio,
no te consuelas, no hablas?
pero como hablar no puedes,
para responder me abrazas. Vanse.

Sale D. Diego Ordonez arrojando las
armas, con dos criados.

Dieg. Ay Cielo, ah fortuna airada!
si tú contra mí te armas,
para qué lucidas armas?
para qué valiente espada?

Criad. 1. Todas las armas arroja.
2. Y la tierra hace temblar.

Dieg. Acabaráme el pesar,
pues le ayuda la congoja.

1. Señor, que curar no mandes
tus heridas, no es razon.

Dieg. Dexadlas, pequeñas son,
como mis desdichas grandes.
Dexadme solo, cerrad
la tienda, y no las heridas:

solo estas riendas partidas
en la mano me dexad. Vanse los criad.

Pondrélas á mi dolor,
para que imite al caballo,
pues que no pude parallo,
tan á costa de mi honor.

Con causa podrán culpar
mi desacordado ser;
pues no me dexé caer,
ni le acabé de matar.

Con riendas el hombre sabio
suele enfrenar su passion;
pero en mí estas riendas son
como espuelas de mi agravio.

Mal parece mi pesar
en mis victorias perdidas;
pero son riendas partidas,
y no le pueden parar.

Qué dirán de mí, que he sido
tan incapaz de valor,
que saliendo vencedor
iba huyendo del vencido?

Si en mi disculpa despues
no dicen los Castellanos,
que vencí con propias manos,
y huí con agenos pies.

Dexadme (pues habeis sido
validas del tiempo ingrato)
á mis ojos un retrato
donde está mi honor perdido.

Sale un criado, y hacen dentro ruido.

Criad. Señor? Dieg. Qué dices? qué siento?

Criad. En Zamora: Dieg. Ay suerte mia!

E

Criad.

Criad. Con señales de alegría
esparcen voces al viento.

Dieg. Qué será? Caí en la cuenta:
sin duda se declaró,
que Rodrigo Arias venció,
y se alegró con mi afrenta.
Rodrigo, dichoso fuiste,
como desdichado fui;

Sale el Cid. Dónde te quiere llevar
tu resolución extraña?

Dieg. A llorar mis afrentas, Cid famoso.

Cid. Tú afrentado, Don Diego, habiendo sido
honra de España? La sentencia han dado.

Dieg. De qué suerte? *Cid.* A Zamora dan por libre,
y á ti por vencedor. *Dieg.* Y quedo honrado
de esa suerte, Rodrigo? *Cid.* Esos escrúpulos
son muy propios, Don Diego, en los que pesan
su honor con peso de oro: honrado quedas;
y con tantas ventajas, que yo envidio
hazañas tan famosas. *Dieg.* Dios te guarde:
y qué se ha hecho del traidor Bellido?

Cid. Condénanle al castigo merecido.

Atan á quatro colas de caballos
los quatro quartos de su cuerpo infame,
para que divididos y furiosos
le hagan quatro piezas, dando exemplo
á los demás vasallos. *Dieg.* Justamente
merece tal castigo tal delito.

Y de eso se alegran en Zamora?

Cid. Mayor causa tuvieron, que ha llegado
nuestro Rey Don Alonso de Toledo.

Dieg. Y cómo se escapé? *Cid.* Notable industria:

huyó con Peranzules, ayudado
de la famosa Zayda; y ella viene
con el gran Don Alonso á ser Christiana,
y aun pienso que su esposa. *Dieg.* Dicha grande
tenemos todos con tan buena nueva:

es Alonso gran Rey. *Cid.* Ya van viniendo

todos los Ricos-homes de sus Reynos

á darle la corona. *Dieg.* Por derecho

le toca á Don Alonso. *Cid.* Pues es justo,

vamos allá los dos. *Dieg.* Y no tardemos,

pues de ir volando obligacion tenemos.

Vanse.

*Salen D. Alonso y Zayda, Doña Urraca,
Arias Gonzalo y Peranzules.*

Rey. Dicha fué grande. *Urr.* Y al Cielo
gracias le podemos dar,
pues apenas dió el pesar,
quando previno el consuelo.

pues matando no vencí,
y muriendo me venciste.

Poca fué la suerte mia,
pues con mi valor no alcanza
de un muerto Rey la venganza,
que por mi cuenta corría.

Yo he sido afrenta de España:
iréme á desesperar.

Rey. Y yo ahora mis abrazos,
y despues le besaré
la mano. *Zayd.* Tente, y pondré
á tus pies cabeza y brazos.

Urr. Y si tú, hermano y señor,
con el alma agradecida
pagas deudas de la vida,
las que debo del honor,
cómo pagarlas podré
á mi padre Arias Gonzalo?

Rey. Un Rey, hermana, no es malo
por fiador, yo lo seré;
por ti pagaré, y por mí
nunca le podré pagar.

Arias. Los pies te quiero besar:
quándo, señor, merecí
esta merced? *Rey.* Dete el Cielo
consuelo. *Arias.* El ver de traidora
libre á mi patria Zamora
me ha servido de consuelo.

Rey. Yo quedo muy obligado
á estimarte y á valerte.

Arias. Yo, señor, puedo ofrecerte
dos hijos que me han quedado.
A morir podré enviallos
por ti, pues conforme á ley
son mayorazgos del Rey
las vidas de los vasallos.

Rey. Eres exemplo de honrados.

Arias. Soy tu vasallo leal:
pondré silencio á mi mal
á pesar de mis cuidados.

Rey. Regala á mi Zayda hermosa.

Urr. Téngola ya por hermana.

Rey. Y despues de ser Christiana,
será mia. *Zayd.* Soy dichosa.

Arias. Señor, ya están con cuidado
los Ricos-homes por verte.

Rey. Hazlo, hermana, de la suerte
que lo tenemos tratado.

Urr. Sí haré. *Rey.* Tú serás despojos
del alma, Zayda querida.

Zayd. A Dios, alma de esta vida.

Rey. Y ser instrumento pudo
de esta merced, que me ha hecho,
quien puso desnudo el pecho
contra un alfange desnudo,
para defenderme á mí,
que es mi Zayda. *Urr.* Gran valor!

Rey. Y yo ahora mis abrazos,
y despues le besaré
la mano. *Zayd.* Tente, y pondré
á tus pies cabeza y brazos.

Urr. Y si tú, hermano y señor,
con el alma agradecida
pagas deudas de la vida,
las que debo del honor,
cómo pagarlas podré
á mi padre Arias Gonzalo?

Rey. Un Rey, hermana, no es malo
por fiador, yo lo seré;
por ti pagaré, y por mí
nunca le podré pagar.

Arias. Los pies te quiero besar:
quándo, señor, merecí
esta merced? *Rey.* Dete el Cielo
consuelo. *Arias.* El ver de traidora
libre á mi patria Zamora
me ha servido de consuelo.

Rey. Yo quedo muy obligado
á estimarte y á valerte.

Arias. Yo, señor, puedo ofrecerte
dos hijos que me han quedado.
A morir podré enviallos
por ti, pues conforme á ley
son mayorazgos del Rey
las vidas de los vasallos.

Rey. Eres exemplo de honrados.

Arias. Soy tu vasallo leal:
pondré silencio á mi mal
á pesar de mis cuidados.

Rey. Regala á mi Zayda hermosa.

Urr. Téngola ya por hermana.

Rey. Y despues de ser Christiana,
será mia. *Zayd.* Soy dichosa.

Arias. Señor, ya están con cuidado
los Ricos-homes por verte.

Rey. Hazlo, hermana, de la suerte
que lo tenemos tratado.

Urr. Sí haré. *Rey.* Tú serás despojos
del alma, Zayda querida.

Zayd. A Dios, alma de esta vida.

Rey. Y ser instrumento pudo
de esta merced, que me ha hecho,
quien puso desnudo el pecho
contra un alfange desnudo,
para defenderme á mí,
que es mi Zayda. *Urr.* Gran valor!

Rey. Y yo ahora mis abrazos,
y despues le besaré
la mano. *Zayd.* Tente, y pondré
á tus pies cabeza y brazos.

Urr. Y si tú, hermano y señor,
con el alma agradecida
pagas deudas de la vida,
las que debo del honor,
cómo pagarlas podré
á mi padre Arias Gonzalo?

Rey. Un Rey, hermana, no es malo
por fiador, yo lo seré;
por ti pagaré, y por mí
nunca le podré pagar.

Arias. Los pies te quiero besar:
quándo, señor, merecí
esta merced? *Rey.* Dete el Cielo
consuelo. *Arias.* El ver de traidora
libre á mi patria Zamora
me ha servido de consuelo.

Rey. Yo quedo muy obligado
á estimarte y á valerte.

Arias. Yo, señor, puedo ofrecerte
dos hijos que me han quedado.
A morir podré enviallos
por ti, pues conforme á ley
son mayorazgos del Rey
las vidas de los vasallos.

Rey. Eres exemplo de honrados.

Arias. Soy tu vasallo leal:
pondré silencio á mi mal
á pesar de mis cuidados.

Rey. Regala á mi Zayda hermosa.

Urr. Téngola ya por hermana.

Rey. Y despues de ser Christiana,
será mia. *Zayd.* Soy dichosa.

Arias. Señor, ya están con cuidado
los Ricos-homes por verte.

Rey. Hazlo, hermana, de la suerte
que lo tenemos tratado.

Urr. Sí haré. *Rey.* Tú serás despojos
del alma, Zayda querida.

Zayd. A Dios, alma de esta vida.

Rey. Y ser instrumento pudo
de esta merced, que me ha hecho,
quien puso desnudo el pecho
contra un alfange desnudo,
para defenderme á mí,
que es mi Zayda. *Urr.* Gran valor!

Rey. Y yo ahora mis abrazos,
y despues le besaré
la mano. *Zayd.* Tente, y pondré
á tus pies cabeza y brazos.

Urr. Y si tú, hermano y señor,
con el alma agradecida
pagas deudas de la vida,
las que debo del honor,
cómo pagarlas podré
á mi padre Arias Gonzalo?

Rey. Un Rey, hermana, no es malo
por fiador, yo lo seré;
por ti pagaré, y por mí
nunca le podré pagar.

Arias. Los pies te quiero besar:
quándo, señor, merecí
esta merced? *Rey.* Dete el Cielo
consuelo. *Arias.* El ver de traidora
libre á mi patria Zamora
me ha servido de consuelo.

Rey. Yo quedo muy obligado
á estimarte y á valerte.

Arias. Yo, señor, puedo ofrecerte
dos hijos que me han quedado.
A morir podré enviallos
por ti, pues conforme á ley
son mayorazgos del Rey
las vidas de los vasallos.

Rey. Eres exemplo de honrados.

Arias. Soy tu vasallo leal:
pondré silencio á mi mal
á pesar de mis cuidados.

Rey. Regala á mi Zayda hermosa.

Urr. Téngola ya por hermana.

Rey. Y despues de ser Christiana,
será mia. *Zayd.* Soy dichosa.

Arias. Señor, ya están con cuidado
los Ricos-homes por verte.

Rey. Hazlo, hermana, de la suerte
que lo tenemos tratado.

Urr. Sí haré. *Rey.* Tú serás despojos
del alma, Zayda querida.

Zayd. A Dios, alma de esta vida.

Rey. Y ser instrumento pudo
de esta merced, que me ha hecho,
quien puso desnudo el pecho
contra un alfange desnudo,
para defenderme á mí,
que es mi Zayda. *Urr.* Gran valor!

Rey. Y yo ahora mis abrazos,
y despues le besaré
la mano. *Zayd.* Tente, y pondré
á tus pies cabeza y brazos.

Urr. Y si tú, hermano y señor,
con el alma agradecida
pagas deudas de la vida,
las que debo del honor,
cómo pagarlas podré
á mi padre Arias Gonzalo?

Rey. Un Rey, hermana, no es malo
por fiador, yo lo seré;
por ti pagaré, y por mí
nunca le podré pagar.

Arias. Los pies te quiero besar:
quándo, señor, merecí
esta merced? *Rey.* Dete el Cielo
consuelo. *Arias.* El ver de traidora
libre á mi patria Zamora
me ha servido de consuelo.

Rey. Yo quedo muy obligado
á estimarte y á valerte.

Arias. Yo, señor, puedo ofrecerte
dos hijos que me han quedado.
A morir podré enviallos
por ti, pues conforme á ley
son mayorazgos del Rey
las vidas de los vasallos.

Rey. Eres exemplo de honrados.

Arias. Soy tu vasallo leal:
pondré silencio á mi mal
á pesar de mis cuidados.

Rey. Regala á mi Zayda hermosa.

Urr. Téngola ya por hermana.

Rey. Y despues de ser Christiana,
será mia. *Zayd.* Soy dichosa.

Arias. Señor, ya están con cuidado
los Ricos-homes por verte.

Rey. Hazlo, hermana, de la suerte
que lo tenemos tratado.

Urr. Sí haré. *Rey.* Tú serás despojos
del alma, Zayda querida.

Zayd. A Dios, alma de esta vida.

Rey. Y ser instrumento pudo
de esta merced, que me ha hecho,
quien puso desnudo el pecho
contra un alfange desnudo,
para defenderme á mí,
que es mi Zayda. *Urr.* Gran valor!

Rey. Y yo ahora mis abrazos,
y despues le besaré
la mano. *Zayd.* Tente, y pondré
á tus pies cabeza y brazos.

Urr. Y si tú, hermano y señor,
con el alma agradecida
pagas deudas de la vida,
las que debo del honor,
cómo pagarlas podré
á mi padre Arias Gonzalo?

Rey. Un Rey, hermana, no es malo
por fiador, yo lo seré;
por ti pagaré, y por mí
nunca le podré pagar.

Arias. Los pies te quiero besar:
quándo, señor, merecí
esta merced? *Rey.* Dete el Cielo
consuelo. *Arias.* El ver de traidora
libre á mi patria Zamora
me ha servido de consuelo.

Rey. Yo quedo muy obligado
á estimarte y á valerte.

Arias. Yo, señor, puedo ofrecerte
dos hijos que me han quedado.
A morir podré enviallos
por ti, pues conforme á ley
son mayorazgos del Rey
las vidas de los vasallos.

Rey. Eres exemplo de honrados.

Arias. Soy tu vasallo leal:
pondré silencio á mi mal
á pesar de mis cuidados.

Rey. Regala á mi Zayda hermosa.

Urr. Téngola ya por hermana.

Rey. Y despues de ser Christiana,
será mia. *Zayd.* Soy dichosa.

Arias. Señor, ya están con cuidado
los Ricos-homes por verte.

Rey. Hazlo, hermana, de la suerte
que lo tenemos tratado.

Urr. Sí haré. *Rey.* Tú serás despojos
del alma, Zayda querida.

Zayd. A Dios, alma de esta vida.

Rey. Y ser instrumento pudo
de esta merced, que me ha hecho,
quien puso desnudo el pecho
contra un alfange desnudo,
para defenderme á mí,
que es mi Zayda. *Urr.* Gran valor!

Rey. Y yo ahora mis abrazos,
y despues le besaré
la mano. *Zayd.* Tente, y pondré
á tus pies cabeza y brazos.

Urr. Y si tú, hermano y señor,
con el alma agradecida
pagas deudas de la vida,
las que debo del honor,
cómo pagarlas podré
á mi padre Arias Gonzalo?

Rey. Un Rey, hermana, no es malo
por fiador, yo lo seré;
por ti pagaré, y por mí
nunca le podré pagar.

Arias. Los pies te quiero besar:
quándo, señor, merecí
esta merced? *Rey.* Dete el Cielo
consuelo. *Arias.* El ver de traidora
libre á mi patria Zamora
me ha servido de consuelo.

Rey. Yo quedo muy obligado
á estimarte y á valerte.

Arias. Yo, señor, puedo ofrecerte
dos hijos que me han quedado.
A morir podré enviallos
por ti, pues conforme á ley
son mayorazgos del Rey
las vidas de los vasallos.

Rey. Eres exemplo de honrados.

Arias. Soy tu vasallo leal:
pondré silencio á mi mal
á pesar de mis cuidados.

Rey. Regala á mi Zayda hermosa.

Urr. Téngola ya por hermana.

Rey. Y despues de ser Christiana,
será mia. *Zayd.* Soy dichosa.

Arias. Señor, ya están con cuidado
los Ricos-homes por verte.

Rey. Hazlo, hermana, de la suerte
que lo tenemos tratado.

Urr. Sí haré. *Rey.* Tú serás despojos
del alma, Zayda querida.

Zayd. A Dios, alma de esta vida.

Rey. Y ser instrumento pudo
de esta merced, que me ha hecho,
quien puso desnudo el pecho
contra un alfange desnudo,
para defenderme á mí,
que es mi Zayda. *Urr.* Gran valor!

Rey. Y yo ahora mis abrazos,
y despues le besaré
la mano. *Zayd.* Tente, y pondré
á tus pies cabeza y brazos.

Urr. Y si tú, hermano y señor,
con el alma agradecida
pagas deudas de la vida,
las que debo del honor,
cómo pagarlas podré
á mi padre Arias Gonzalo?

Rey. Un Rey, hermana, no es malo
por fiador, yo lo seré;
por ti pagaré, y por mí
nunca le podré pagar.

Arias. Los pies te quiero besar:
quándo, señor, merecí
esta merced? *Rey.* Dete el Cielo
consuelo. *Arias.* El ver de traidora
libre á mi patria Zamora
me ha servido de consuelo.

Rey. Yo quedo muy obligado
á estimarte y á valerte.

Arias. Yo, señor, puedo ofrecerte
dos hijos que me han quedado.
A morir podré enviallos
por ti, pues conforme á ley
son mayorazgos del Rey
las vidas de los vasallos.

Rey. Eres exemplo de honrados.

Arias. Soy tu vasallo leal:
pondré silencio á mi mal
á pesar de mis cuidados.

Rey. Regala á mi Zayda hermosa.

Urr. Téngola ya por hermana.

Rey. Y despues de ser Christiana,
será mia. *Zayd.* Soy dichosa.

Arias. Señor, ya están con cuidado
los Ricos-homes por verte.

Rey. Hazlo, hermana, de la suerte
que lo tenemos tratado.

Urr. Sí haré. *Rey.* Tú serás despojos
del alma, Zayda querida.

Zayd. A Dios, alma de esta vida.

Rey. Y ser instrumento pudo
de esta merced, que me ha hecho,
quien puso desnudo el pecho
contra un alfange desnudo,
para defenderme á mí,
que es mi Zayda. *Urr.* Gran valor!

Rey. Y yo ahora mis abrazos,
y despues le besaré
la mano. *Zayd.* Tente, y pondré
á tus pies cabeza y brazos.

Urr. Y si tú, hermano y señor,
con el alma agradecida
pagas deudas de la vida,
las que debo del honor,
cómo pagarlas podré
á mi padre Arias Gonzalo?

Rey. Un Rey, hermana, no es malo
por fiador, yo lo seré;
por ti pagaré, y por mí
nunca le podré pagar.

Arias. Los pies te quiero besar:
quándo, señor, merecí
esta merced? *Rey.* Dete el Cielo
consuelo. *Arias.* El ver de traidora
libre á mi patria Zamora
me ha servido de consuelo.

Rey. Yo quedo muy obligado
á estimarte y á valerte.

Arias. Yo, señor, puedo ofrecerte
dos hijos que me han quedado.
A morir podré enviallos
por ti, pues conforme á ley
son mayorazgos del Rey
las vidas de los vasallos.

Rey. Eres exemplo de honrados.

Arias. Soy tu vasallo leal:
pondré silencio á mi mal
á pesar de mis cuidados.

Rey. Regala á mi Zayda hermosa.

Urr. Téngola ya por hermana.

Rey. Y despues de ser Christiana,
será mia. *Zayd.* Soy dichosa.

Arias. Señor, ya están con cuidado
los Ricos-homes por verte.

Rey. Hazlo, hermana, de la suerte
que lo tenemos tratado.

Urr. Sí haré. *Rey.* Tú serás despojos
del alma, Zayda querida.

Zayd. A Dios, alma de esta vida.

Rey. Y ser instrumento pudo
de esta merced, que me ha hecho,
quien puso desnudo el pecho
contra un alfange desnudo,
para defenderme á mí,
que es mi Zayda. *Urr.* Gran valor!

Rey. Y yo ahora mis abrazos,
y despues le besaré
la mano. *Zayd.* Tente, y pondré
á tus pies cabeza y brazos.

Urr. Y si tú, hermano y señor,
con el alma agradecida
pagas deudas de la vida,
las que debo del honor,
cómo pagarlas podré
á mi padre Arias Gonzalo?

quién se atreverá á tomarlo?
Cid. Yo que no conozco al miedo.

Dieg. Por la vista arroja rayos.

Cid. Villanos mátenle, Alonso,
 villanos que non fidalgos
 de las Asturias de Oviedo,
 que no sean Castellanos:
 con cuchillos montañeses,
 no con puñales dorados,
 abárcas traigan calzadas,
 y no zapatos de lazo:
 capas traigan aguaderas,
 no de contray delicado;
 y sáquente el corazón
 por el siniestro costado,
 si fuiste, ni consentiste
 en la muerte de tu hermano.
 Júraslo así? *Rey.* Así lo juro:
 es testigo el Cielo santo.

Cid. Mueras de su misma muerte,
 de otro Bellido pasado
 de las espaldas al pecho
 con un agudo venablo,
 si mandaste, si supiste
 en la muerte de Don Sancho;
 y di: amen. *Rey.* Amen digo.

Cid. Pon en la espada la mano.
 Jura á fe de caballero,
 que no has hecho ni ordenado,
 ni aun con solo el pensamiento,
 la muerte que lloran tantos.
 Júraslo así? *Rey.* Así lo juro:
 y, Cid, de un Rey á un vasallo
 ya es ese poco respero,
 y ya es este mucho enfado.
 Mucho me aprietas, Rodrigo.
 Es bien que te atrevas tanto
 á quien despues de rodillas
 has de besarle la mano?

Cid. Eso será, si me quedo
 á ser tu vasallo. *Rey.* Y quando

no lo seas, qué me importa?

y no me respondas. *Cid.* Callo,
 y voyme:— *Rey.* Vete, qué esperas?

Cid. Donde el valor de mis brazos
 venza Reyes, gane Reynos.

Dieg. El Cid se parte enojado.

Arias. Colérico el Rey le mira.

*Salen Doña Urraca y Zayda vestida
 como Christiana.*

Urr. Donde vas, Cid Castellano?

dónde vas, Rodrigo fuerte,

tan compuesto y tan airado?

Cid. Voy, Infanta, voy, señora,
 á dexar de ser vasallo
 de un Rey que me estima poco.

Urr. Debes de haberte engañado,
 vuelve, acompáñame á mí.

Cid. Pues lo mandas, ya lo hago.

Arias. Mira, señor, que te importa
 ahora desenojarlo, *Al oído.*
 hasta tener la corona.

Rey. En viendo á mis ojos claros,
 se me ha quitado el enojo:

vuelve, Cid, que de tu mano
 quiero la corona yo.

Cid. Ya de servirte me encargo.

Jurais al famoso Alonso
 por vuestro Rey?

Tot. Sí juramos.

Cid. Yo le obedezco el primero.

Rey. Y yo te doy mis abrazos.

Urr. Y nosotras á tus pies
 mil parabienes te damos.

Zayd. Ya de Zayda soy María.

Rey. Y ya te estaba esperando
 la mitad de mi corona:
 toma de esposo la mano.

Zayd. Tu dichosa esposa soy.

Urr. Guárdeos el Cielo mil años.

Cid. Y aquí pidiendo perdon
 fin á la Comedia damos.

F I N.

Con Licencia: EN VALENCIA: en la Imprenta de Joseph y To-
 mas de Orga, en donde se hallará esta, y otras de
 diferentes Títulos. Año 1796.